



LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

EPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 31. — Madrid 5 de Mayo de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	
MADRID Y PROVINCIAS.	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO.	
Seis meses.....	2 ½ ps.
Un año.....	4 »

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	
EXTRANJERO.	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO.	
Seis meses.....	3 ½ ps.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — *Revista*, por Nulema. — *Crónica*, por D. Isern. — *Las diversiones públicas*, por Blas. — *Las siervas de Maria, ministras de los enfermos*, por José Torá. — *El Vesubio*, por D. J. de Dios de la Rada y Delgado. — *Caridad*, cuento (continuación), por Fr. Conrado Muiños Sáenz. — *Consejos del Sr. Arzobispo preconizado de Burgos a sus antiguos diocesanos de León*. — *Revista científica*, por el Dr. Marco de Colomer. — *Los grabados*. — *El mártir de un secreto*, novela (continuación), por Raul de Navery. — *Revista de conocimientos útiles*. — *Jeroglífico*. — *Anuncios*.
GRABADOS. — *Mons. Mermillod*, nombrado recientemente Obispo de Laussana y de Ginebra. — *Vista del Vesubio y escenas de las ascensiones*. — *La biblioteca del Escorial*.

REVISTA

LLEVAMOS una primavera tan húmeda que no parece sino que el cielo llora amargamente la desgracia de las flores que la naturaleza condena a engalanar esta tie-

rra, corrompida por tantos desórdenes. Una primavera de lluvias es, sin embargo, como una juventud laboriosa y ocupada, pues si bien quita el trabajo el lucimiento de los mejores días de la vida, en cambio prepara una edad madura, fecunda y gloriosa, y una vejez tranquila y resignada.

Los campos agradecen el regalo de las lluvias primaverales y se engalanan con lozanos atavíos y verdes alfombras, para esperar el verano, en el cual los rayos del sol, forjados en el fuego de sus fecundos hornos, vienen a dorar los campos, convirtiendo en tesoros las galas de la naturaleza, y alegrando el corazón del hombre con el pan cotidiano que repara sus fuerzas y el vino que enriquece su sangre.

¿Qué importa que las lluvias interrumpen las fiestas cortesanas y enloden las calles de Madrid, por donde corren las vanidades y concupiscencias de la vida moderna, si alegran los campos fecundos, llenando de esperanzas el corazón del pobre labriego?

Por lo general las cosechas se presentan muy favorables en toda España. Bendigamos al cielo que nos envía con sus dones la gracia de sus misericordias, abriéndonos con mano amorosa el camino de las reparaciones que hagan olvidar la memoria de nuestros delitos.

Que estas lluvias primaverales hagan también brotar en nuestros corazones, secos por la codicia y la ambición bastardas, las flores de la piedad y de la caridad inefables, cuyos frutos sean el alimento de la sociedad en que vi-

vimos, muestra de debilidad y de anemia por haberse envenenado con la ponzoña de la revolución.

Ya no se habla de *La Mano Negra*; fué un asunto de actualidad que pasó con la rápida sucesión de las novedades que nos entretienen, y cansados de su monotonía la entregamos a los tribunales, para buscar nosotros otra cosa más sorprendente, y si es posible más dramática.

Y sin embargo, la gravedad de *La Mano Negra* no ha desaparecido; antes, por el contrario, puede decirse que ha aumentado, pues hemos visto estos días levantarse en Francia y en Dinamarca protestas de adhesión a los anarquistas españoles, lo cual confirma el temor que nos inspiró desde el primer día de que esta *Mano Negra* pertenece a un cuerpo negro también, cuyos miembros se extienden a todo el mundo, formando el gran ejército de la revolución cosmopolita.

Tenemos el enemigo en casa, tenemos en nuestro

hogar la tea revolucionaria, y como si tal cosa; ni se nos quita la gana de comer en opíparos banquetes, ni de divertirnos en espectáculos clamorosos y en fiestas babilónicas.

¿Es porque hemos puesto al mal el oportuno y eficaz remedio que ha de curarlo? Nada de eso: el remedio está a la vista y lo rechazamos; queremos, como el enfermo de hidropesía, morir bebiendo el agua que nos ahoga, ó como el anémico, morir descansando en brazos de la debilidad que nos aniquila.

Estos días hemos tenido ocasión de observar de cerca, en tres pueblos próximos a Madrid, los efectos maravillosos de las santas misiones. Se trata de pueblos muy relajados, donde han vivido algunos años protestantes ingleses, donde era ya práctica general no cumplir con la Iglesia, y donde la libertad de costumbres había dado sus frutos en el seno de las familias, y sobre todo en la juventud.

Han llegado estos días misioneros redentoristas, han dado nueve y quince días de misión, y ni las iglesias podían contener la multitud que las invadía en los ejercicios de la mañana y de la noche, ni el entusiasmo podía ser mayor para afiliarse en las congregaciones instituidas por los misioneros.

Es más, desde los primeros días de la misión comenzaron las restituciones de objetos robados, sobre todo aperos de labranza, y las reconciliaciones amistosas, renaciendo en los pueblos la santa paz de la fraternidad cristiana y los saludables frutos de las prácticas religiosas.

Ahora bien: ¿qué mejor ni más eficaz remedio contra las maquinaciones y crímenes de *La Mano Negra*? ¿Hubieran conseguido más fruto las bayonetas de la Guardia civil, ni las penas del código criminal, aplicadas por los tribunales civiles?

No hay pena más terrible que la de muerte, y sin embargo, ¿se han visto muchas restituciones de objetos robados después de la ejecución de un capitán de ladrones? La experiencia ha demostrado lo contrario: el día de una ejecución en Madrid es el día de más robos, y la mayor parte ejecutados por impasibles rateros al pie del cadalso.

El respeto a la propiedad y a la vida ajenas, el respeto a las instituciones de la sociedad, debe inspirarse en el amor más bien que en el miedo.

¿Y quién puede infundir ese amor? ¿Los azotes del verdugo ó las bendiciones del sacerdote?



MONS. GASPARD DE MERMILOD

nombrado recientemente Obispo de Laussana y de Ginebra.

Ayuntamiento de Madrid

A los que sin pensar en reformas prudentes, sino única y exclusivamente en el odio contra la Iglesia, han declamado tanto contra *Las Manos Muertas*, les tienen que dar mucho que hacer *Las Manos Negras*.

Porque la revolución, parodiando a Hernán Cortés, ha quemado las naves de la religión al lanzarse a conquistar la sociedad europea.

La retirada será difícil: tan difícil como la de Faraón en el mar Rojo.

* *

Hemos tenido el gusto de ver la restaurada iglesia de San Jerónimo del Paso, que probablemente se abrirá al culto el día de San Isidro.

El templo que es espacioso, de una nave con cinco capillas a cada lado, resulta bello y magnífico como en sus mejores tiempos, restaurado con singular acierto en todo, y engalanado con diez y seis lámparas de bronce, bellísimas vidrieras de colores y pinturas excelentes y muy adecuadas, que realzan sus hermosas proporciones y la natural gallardía de su género arquitectónico.

Quiera Dios que el precioso claustro contiguo, hoy destechado y maltrecho como lo dejó la revolución, vuelva a su antiguo estado, como ha vuelto afortunadamente la Iglesia, y que en el hermoso bosque del Retiro vuelvan a resonar las alabanzas de Dios, para conjurar las tempestades del lujo que allí diariamente se desencadenan.

* *

El domingo 29 de Abril tomó posesión de su plaza de número en la Academia Española el Señor D. Alejandro Pidal y Mon.

Versó el discurso acerca de la Elocuencia española, representada por Fr. Luis de Granada y sin que puedan señalarse en él grandes novedades ni de erudición ni de crítica, por sus ideas cristianas, por sus nobles sentimientos y sobre todo por la energía, galanura y fuego del estilo, mereció unánimes aplausos del auditorio, que era escogido y numeroso. En él se hallaban mezclados los representantes de la literatura nacional, sin atención de partidos políticos, los Sres. Nocedal y Tejado, junto a los Sres. Cañete y Fernández Guerra, los PP. jesuitas Fita y la Torre, junto a los señores Cánovas y Campoamor, celebrando todas las galas literarias de los discursos leídos, que tal es el poder de armonía y concordia que ejercen las bellezas del arte. La contestación corrió a cargo del Sr. D. Pedro Alarcón y en honor de la verdad, aunque este célebre novelista no peca de timorato, en el discurso de contestación se mostró fervoroso creyente, como puede juzgarse por estas palabras:

«¡Qué noble empleo del alma y de la facultad de hablar y escribir con más elocuencia que los demás hombres!», me he dicho varias veces estos días al volver a leer, ya desde las alturas de la edad, esas y otras páginas de nuestros escritores ascéticos. — Y ¡qué negocio (añado ahora) sería para el mundo, aun en el estado de guerra social en que ya se halla, si de pronto todas las prensas del universo se dedicasen exclusivamente a fomentar en los pobres el amor a Dios y en los ricos el amor al prójimo, y estos ricos cifraran su felicidad y su orgullo en que los pobres... ¡no sean tan pobres que a nuestro lado se mueran de hambre!... — Volvería entonces la paz sobre la tierra... ¡Porque todavía, todavía, la caridad y la misericordia, recomendadas por Jesús, la mansedumbre de los unos y la abnegación de los otros fueran eficazísimo remedio de tantos males como hoy nos apenan ó asustan, así del dolor y cólera de los desvalidos, como de la ruina que amenaza a la sociedad!

«¡Bien hayan, pues, los que viven dedicados a estas sagradas predicaciones, prefiriéndolas a las de una devastadora filosofía!»

* *

En la misma sesión, a que anteriormente nos referimos, se entregó al Sr. D. José María Sainz del Prado, canónigo de Soria, la medalla de oro que ha obtenido en público certamen abierto por esta corporación para premiar un *índice de voces usadas en obras de autores clásicos españoles*.

Hace algunos años que el octogenario autor de la obra premiada por la Academia, nos informó acerca de su trabajo, que tenía entonces esta portada:

«Concordancias de el Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, ó sea vocabulario fraseológico, ó lo que es lo mismo, compilación alfabética de todas las voces y frases de esta inmortal obra, coleccionada por un apasionado de su celeberrimo y sabio autor, el sin par, el grande, y nunca bien alabado, Miguel de Cervantes Saavedra, único en el ingenio, gloria y honra; honor y espejo de la nación española, con sus correspondientes citas ajustadas a la edi-

ción de Argamasilla, que con las líneas de cada página numeradas se acompaña por cabeza, cuyo medio facilita rápida y maravillosamente su evacuación no menos que el estudio del mejor parto de las letras españolas, y aun del mejor libro del mundo pudiéramos decir con nuestro muy ilustre Manco de Lepanto.»

Si se considera el impropio trabajo que supone esta obra y la constancia y fuerza de voluntad que habrá necesitado su autor para llevarla a cabo, sin estímulo de ningún género, parece poco premio el de la Academia; sin embargo, ¿qué más puede apetecer un sacerdote de ochenta años, humilde, sencillo y escondido en el rincón de una provincia, donde ha pasado su vida en la oscuridad del trabajo y en el ejercicio de su ministerio sacerdotal?

La obra del Sr. Sainz del Prado es no sólo un monumento literario de gran utilidad, sino también un monumento de gloria para el clero español, tan calumniado por ignorantes y desalmados.

¿Cuántos periodistas, de esos que hablan tanto contra el clero, habrá capaces de llevar a cabo una obra tan penosa y prolija como la del humilde canónigo de Soria?

* *

Ha venido estos días a causar gran sensación en el público que discute los negocios públicos, un debate parlamentario, que si no ha provocado una crisis, le ha faltado muy poco, y todavía no puede decirse que esté conjurada. Nos referimos a la causa Monasterio, que este es el nombre que lleva, mal que pese a los amigos del procesado.

Un diputado periodista trató de revelar en su periódico los misterios de esta causa; se le demandó de injuria y calumnia y se pidió al Congreso la licencia necesaria para procesarle. Pero es el caso que al discutirse el suplicatorio, el reo se convirtió en acusador, y atrayéndose desde luego las simpatías del público, siempre predispuesto contra los ministros, lanzó tales acusaciones contra el de Gracia y Justicia, que le dejó, al menos por de pronto, maltrecho y perniquebrado.

No diremos nosotros, aunque harto se reveló la opinión general, si de la discusión salió mal parado el ministro, si salió el diputado acusador ó si salieron otras personas de calidad; lo que sí afirmamos, con la convicción de no ser desmentidos, que de la discusión salió tan mal parada la Justicia que administran los tribunales, que era un dolor verla llorar amargamente el descrédito en que se la puso.

La justicia es la garantía de nuestra propiedad, de nuestra vida, de nuestra honra; sin la justicia no podría existir la sociedad, y hasta el cielo se cerraría a nuestras oraciones. ¿No merece más respeto para que así se la exponga al descrédito público?

* *

Dentro de pocas semanas comenzará el derribo del Saladero y se inaugurará la nueva cárcel-modelo. La antigua cárcel era, en verdad, muy pequeña para el progreso de los tiempos; en cambio la nueva podrá hospedar cómodamente un ejército de presos.

Entregamos al juicio de los hombres pensadores la siguiente ley de proporción: a medida que se reducen en Madrid las iglesias, aumentan las cárceles. Esta ley tiene un corolario: cuando se haya derribado la última iglesia, la sociedad será un presidio suelto.

NULEMA.

CRÓNICA



La República francesa es una cátedra a que deben asistir constantemente los discípulos de las modernas teorías de gobierno, que todavía conservan alguna buena fe y amor a la libertad. Los actos de sus gobernantes envuelven más útiles enseñanzas que las explicaciones de los más doctos catedráticos.

Después de haberse pasado la vida los republicanos franceses declamando en ateneos y academias, en folletos y libros, en la cátedra y en la tribuna, contra el cesarismo de los ministros de Napoleón III, resulta ahora que no sólo gobiernan con las leyes cesaristas de aquellos ministros, sino que cuando éstas no son suficientemente opresoras, acuden al arsenal de la legislación antigua en lo que tenía de verdaderamente tiránica.

Lo que sucedió cuando la excomunión de las órdenes religiosas, cuando la restricción de la libertad de enseñanza, sucede actualmente con las persecuciones contra los Obispos y contra los curas párrocos, ecónomos y vicarios.

Al decretarse la secularización de la enseñanza, ofreció solemnemente el gobierno que en las escuelas oficiales se daría una enseñanza neutra, que si por

un lado no favorecería las creencias religiosas de la juventud, por otro tampoco las perjudicaría. Mientras esto hacía en público, en secreto encargaba a sus amigos que escribiesen manuales de educación cívica, en los que de un modo hipócrita se atacase a la Iglesia.

Estos manuales se escribieron y se publicaron, y tales y de tal calidad son sus errores, que la Sagrada Congregación del Índice hubo de condenarlos y de prohibir en consecuencia su lectura a los fieles.

¿Podían consentir los Obispos de Francia que se envenenasen con tales escritos las tiernas inteligencias de los niños obligados por la ley a asistir a las escuelas oficiales? Claro está que no. Para impedirlo publicaron en sus respectivas diócesis, como era su deber, el decreto de la Sagrada Congregación del Índice. Y los padres de la mayoría de los alumnos destruyeron los manuales condenados por la Iglesia.

El gobierno se enfureció y llevó ante el Consejo de Estado a los Obispos, como si les estuviera vedado hacer lo que puede hacer cualquier ciudadano.

El Consejo de Estado acaba de dar sentencia. Fundándose en leyes dadas por el cesarismo voltariano, ha declarado a los Obispos reos del delito de abuso, y ha facultado al gobierno para poder retirar sus asignaciones a los vicarios, ecónomos, curas y obispos que condenen, como lo ha hecho la Sagrada Congregación del Índice, los manuales de educación cívica, recomendados por el gobierno.

Esta es la libertad que conceden a las naciones los estados modernos.

* *

Continúa en Oriente librándose la batalla entre las grandes potencias a propósito del nombramiento de gobernador del Líbano en sustitución de Rustem-Bajá, cuyos poderes espiraron el 23 del pasado Abril.

La candidatura del príncipe católico Bid-Doda puede darse por fracasada. Apoyaron resueltamente esta candidatura los Gabinetes de París, Viena y el Quirinal, y el de Berlín la miró con benevolencia. Se opusieron a ella, Inglaterra y Rusia.

Dos candidaturas se disputan actualmente el triunfo: la de Rustem-Bajá, favorecida hipócritamente por Rusia, y la de Danish-Effendi propuesta por Turquía y aceptada por las grandes potencias, excepción hecha del imperio moscovita, como ya se ha indicado.

Las simpatías de Rusia por Rustem-Bajá se explican perfectísimamente. El actual gobernador del Líbano ha favorecido toda tendencia cismática que se ha levantado en el territorio de su gobierno contra el catolicismo; ha sido el campeón constante de la minoría ortodoxa contra la mayoría católica, a la que ha quitado templos y altares en beneficio de aquélla, pisoteando en todos tiempos y circunstancias los eternos fueros de la verdad y de la justicia.

En el terreno político no sólo ha sido el adversario implacable de la influencia de Francia y de Austria en el Líbano, sino que mejor parecía un delegado del Czar de Rusia, según obraba, que un ministro del sultán de Turquía.

¿Qué mucho, pues, que el gabinete de San Petersburgo trate de premiar los servicios que le ha prestado conservándole al frente del Líbano? ¿Y qué mucho también que las otras grandes potencias, secundando a Turquía, traten de dar cuanto antes sucesor al amigo y favorecedor de Rusia?

Para los católicos tiene esta cuestión grande influencia por lo que favorecería los intereses de la Iglesia el nombramiento definitivo del actual candidato de la mayoría de las grandes potencias.

De aquí que León XIII haya hecho manifestar al Sultán con cuánto gusto verá este nombramiento.

* *

Desde hace largos meses, Holanda sufría la enfermedad común a todos los gobiernos modernos, la crisis ministerial; y los médicos más hábiles y entendidos, declaraban que no se les alcanzaban los medios de curarla.

En efecto, la cosa era difícil: el partido liberal, que tiene mayoría en las Cámaras, se halla de tal modo dividido, que derriba por la tarde los ministerios que se han formado en su seno por la mañana.

El rey ha encargado esta vez al jefe de los conservadores protestantes la formación de un nuevo Gabinete, aunque no se sabe hasta ahora si hizo, con este encargo, el ofrecimiento de la disolución de las Cámaras. Si no hizo este ofrecimiento, la situación del nuevo gobierno será difícil desde el primer día, mejor dicho, insostenible.

En el nuevo Gabinete han entrado representantes de todas las fracciones de la derecha de las Cámaras en proporción de la fuerza numérica de cada una de ellas.

A los católicos les han correspondido tres cartas. Dos de ellas han sido ocupadas por hijos beneméritos de la Iglesia, que han peleado durante largos años con gran fruto las gloriosas batallas del Señor.

La tercera ha sido confiada a un hombre de gran talento y elocuencia, que cree mucho, pero que practica poco. Esto ha afligido a los fieles de aquel reino que se hallan arrepentidos hace tiempo de haberle enviado con sus votos al Parlamento.

¡Quiera el cielo que la entrada en el gobierno de católicos de Holanda sea para bien de los intereses religiosos y sociales de aquel reino!

La Corte Pontificia ha sido informada oficialmente de que la coronación del Czar de Rusia tendrá lugar el 27 de los corrientes en Moscu.

Por supuesto, el Gabinete de San Petersburgo debe de haberse cuidado de añadir que esto sucederá si los nihilistas lo permiten.

El hecho es que en Moscu continúan en grande escala los preparativos para tan memorable fiesta; que acuden a aquella población nubes de viajeros; que la policía ocupa ya sus posiciones estratégicas; que han llegado los cuerpos de ejército que han de tomar parte en la ceremonia, y que en San Petersburgo los altos dignatarios, los ministros y la corte, preparan la maleta como si se estuviese en vísperas del solemnisimo acto.

Las fiestas durarán cerca de un mes. El día 20 llegará la familia imperial al palacio de Petreuski, situado en las inmediaciones de Moscu. De este histórico y soberbio monumento que por sí solo pone de manifiesto el inmenso poder de los antecesores de Alejandro III, saldrá éste el 22 por la mañana para entrar solemnemente en la antigua capital del imperio.

Al día siguiente será consagrada la bandera imperial, y el 27 tendrá lugar la solemne coronación del Czar y de su esposa, precedido este acto de las solemnidades religiosas y de los anuncios heráldicos que son de reglamento en tales casos.

En los tres días siguientes serán recibidos en este orden los príncipes, los miembros del cuerpo diplomático, los altos funcionarios, los jefes y generales del ejército y las autoridades civiles del Imperio.

En los días siguientes habrá grandes comidas y bailes en Palacio; diversiones populares en la ciudad y revistas de tropas.

El día 3 de junio visitará la corte imperial el célebre monasterio de San Sergio, y el día 7 tendrá lugar la solemne consagración del nuevo y grandioso templo de San Salvador, una de las mejores piezas artísticas de aquella ciudad.

Si los nihilistas no logran impedir estas fiestas, y éstas terminan felizmente, según el programa oficial el 10 tendrá lugar la salida de los emperadores y de toda la corte para San Petersburgo.

Un detalle: nada se sabe todavía acerca del camino que en la ida y en la entrada en Moscu seguirá el Emperador; como tampoco en su vuelta a San Petersburgo. Es más, se cree que el Emperador lo señalará a última hora.

La aristocracia alemana abre los ojos a la luz de la fe, después de haber vivido durante más de tres siglos apartada de ella. A las familias que en años anteriores se convirtieron al catolicismo, hay que añadir las de tres príncipes y unos cuarenta títulos diversos que se han convertido durante el año último.

Muchas de estas conversiones son secretas todavía; pero este hecho mismo prueba que pueden ser fácilmente mucho más numerosas de lo que generalmente se cree en aquel imperio.

En estos últimos días se ha convertido a la fe católica, en Austria, la condesa Duerckheim-Montmarin. Le ha administrado el sacramento de la confirmación el Obispo de Augsburgo, y ha sido madrina en este acto la reina madre de Baviera.

Pero donde es asombroso el movimiento de conversiones a la fe católica, es en las provincias turcas de Asia, en las que los pueblos en masa salen de las tinieblas del cisma y abrazan la luz purísima de la verdad. Más de doce mil conversiones han tenido lugar en el Patriarcado armenio durante estos últimos meses, según los datos estadísticos publicados por los diarios de Constantinopla.

No contribuirá poco a que se obtengan estos mismos resultados en las provincias turcas de Europa, la nueva división de Bulgaria en tres diócesis hecha por León XIII. Antes Bulgaria entera constituía una sola diócesis.

¡Consuélese el corazón de los buenos con estos frutos de bendición de los males que afligen a la Iglesia en las regiones occidentales, en estas regiones que por tantos siglos han sido asombro del mundo por su fe y por su piedad!

D. ISERN.

LAS DIVERSIONES PÚBLICAS

I



OR lo que a mí toca, estoy persuadido de que no hay prueba tan decisiva de la corrupción de nuestras ideas como la fría indiferencia con que dejamos representar unos dramas en que el pudor, la castidad, la buena fe, la fidelidad, el decoro y todas las virtudes, y todos los principios de sana moral, y todas las máximas de noble y buena educación son abiertamente conculcados...

Y aquí empiezo a levantar el partidito de mis incorregibles genialidades, para dar salida a la corriente de las digresiones y paréntesis que se van acumulando en la desportillada represa de mi cerebro, y pregunto a mis lectores: ¿No es verdad que les gusta a ustedes este exordio? ¿No es verdad que si el torso y miembros del artículo que les dedico correspondiesen a esta cabeza, mi trabajo sería digno de Phidias ó de Canova?... Pues aguarden ustedes, que aún no he concluido.

«¿Se cree por ventura que la inocente puericia, la ardiente juventud, la ociosa y relajada nobleza, el ignorante vulgo, pueden ver sin peligro tantos ejemplos de impudicia y grosería, de infamia y necio pundonor, de desacato a la justicia y a las leyes, de infidelidad a las obligaciones públicas y domésticas, puestos en acción, pintados con los colores más vivos y animados con el encanto de la ilusión y con las gracias de la poesía y de la música? Confesémoslo de buena fe: un teatro tal, es una peste pública...»

Si ahora vuelvo a mis digresiones, no es por idiosincrasia literaria, sino por espíritu cristiano; por apresurarme a hacer una restitución.

Esos dos párrafos, que no tienen desperdicio, no son míos, cosa que ya se habrían ustedes maliciado; se escribieron hace noventa y dos años y algunos meses, y se escribieron en Gijón.

Y vuelvo a preguntar: ¿no es verdad que parecen escritos ó podrían escribirse (salvo la galanura del estilo) en el año de gracia de 1883 y en la capital de España, sin incurrir en anacronismo? ¿No es verdad que, aplicadas a nuestro teatro moderno, no aparecerían recargadas las tintas con que el autor de esos párrafos pintaba el teatro de la última mitad del siglo XVIII?

¡Bah! — me contestará algún jovencito que se sabe de memoria los artículos críticos (así se llama hoy a los artículos encomiásticos) de los dramas de Echegaray y de Sellés; — ¿qué autoridad, qué representación, qué personalidad tiene ese bilioso Aristarco que así vapulea a nuestros insignes dramáticos? Tal vez fuese algún poetastro silbado en los corrales de la Cruz ó del Príncipe, ó en el coliseo de los Caños del Peral; acaso algún fraile ignorante de los que presenta en sus novelas Pérez Galdós, ó cuando menos, un oscurantista, retrógrado, reaccionario, contertulio del Príncipe de la Paz y nombrado covachuelista por Calomarde...

Basta, joven apreciable; no se sulfure usted. Yo no sé nada de eso, ni me importa: es posible que el detractor del teatro de aquel tiempo fuese un mamaracho. No le conocí personalmente, sólo sé recuerdo que el escrito de donde he copiado los dos párrafos anteriores fué leído por D. Josef de Guevara Vasconcelos, en junta pública que celebró la Real Academia de la Historia el lunes 11 de Julio de 1796. Recuerdo también ¡ya se vé soy tan viejo! que el escrito se titulaba *Discurso histórico-político sobre el origen y vicisitudes de los espectáculos y diversiones públicas en España*. Y recuerdo, por último, que el autor de ese escrito era un tal Gaspar Melchor de Jovellanos.

Es todo lo que puedo decir para justificar la cita que he colocado al frente de estos garraños.

También debo añadir, para mi vergüenza, que no era esto lo que me proponía hacer. Pero váyale usted a una cabeza tan insegura como la mía a sujetarla a un asunto determinado y a encajar sus excentricidades en el estrecho molde de un tema mondo y pelado como mi ocupación: imposible.

Escribí el epígrafe, proponiéndome decir algo, por mi exclusiva y propia cuenta, sobre las diversiones públicas de nuestro tiempo (quiero decir, del tiempo de ustedes), y enseguida se me fué el santo al cielo, me acordé de los tiempos míos, y por asociación de ideas, de los escritores que hablaron de aquellas diversiones... y ¡paf! caí en el hoyo de la divagación, del que no acertaré a salir si la longanimidad del lector no me tiende la mano.

Voy a poner las más a la obra, y lo que no quepa (que será mucho) en los reducidos linderos de este artículo, quedará para otros sucesivos, si no les abandona a ustedes la paciencia y a mí me sigue acompañando la constancia.

Como quiero ser original hasta en mis choches, clasificaré a mi modo y trataré a mi manera el asunto. Al efecto, empiezo por dividir en dos clases las diversiones públicas, a saber: gratuitas y retribuidas.

Y para que no me echen ustedes en cara mi desafección a los métodos modernos, empezaré por las últimas para concluir por los primeras. Más aún: puesto ya en camino de *actualizarme* (y juzgo que con exhibir este verbo doy pruebas de mi buena voluntad), llegaré hasta emular a algunos escritores contemporáneos, barajando las primeras con las últimas, lo cual, después de todo, es un sistema al alcance de cualquier jugador de naipes.

Entre las diversiones retribuidas, merecen lugar preferente los teatros, y de ellos quiero hablar, no con la necia pretensión de crítico, que se despegue de mi natural frívolo y ligero, sino a la pata llana, como el abuelo que procura distraer a los nietezuelos contándoles inocentes chascarrillos al amor de la lumbre en las noches de invierno.

Lo primero que me sale al paso en mi escursión por el páramo de nuestra escena, es esta liebre: ¿De qué teatro vas a hablar, del indígena ó del exótico?

Porque, en efecto, no había yo caído en la cuenta de que los teatros de España han dejado casi por completo de ser españoles. Vuelvo la vista a la última temporada y me encuentro con un teatro Real de ópera italiana; con un teatro aparente (puesto que es en realidad un Circo ecuestre) de ópera italiana rebajada; con un teatro de comedia italiana en la Alhambra; con un teatro de alto drama francés en Apolo; con un teatro de bajo *vaudeville* francés en la Comedia... Corre el sudor de la vergüenza por mi frente, cojo un periódico para enjugármelo y leo en él que ya tenemos un teatro portugués en nuestra capital.

Pero señor, ¿dónde están los teatros españoles, los autores españoles, los cómicos españoles, los espectadores españoles?

«Ahí está — me dirán ustedes — el teatro español por excelencia, el prototipo de nuestros coliseos, el antiguo Corral de la Pacheca, después teatro del Príncipe, y ascendido por último a *Teatro Español* por D. Luis José Sartorius, primer conde de San Luis.»

¡Ah! sí; ya sé de qué teatro me hablan ustedes: de uno donde he visto hace algún tiempo representar una obra *hidráulica* en un acto y tres baños, titulada *Miss Lurline*, y donde he aplaudido algunas exhibiciones de gimnastas épicos y titiriteros de alto coturno.

Es verdad, existe ese teatro español y existen otros varios de que iré hablando en tiempo y sazón oportunos. Pero ¿creen ustedes seriamente que esos teatros responden a su misión social, representan el estado de nuestra literatura, pueden considerarse reflejo de nuestras costumbres, vehículos de enseñanza, lugares siquiera de lícito y honesto esparcimiento?

Aquí que nadie nos oye, díganme en confianza mis lectores, y en particular usted, Sr. D. X..., antiguo y constante suscriptor de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, persona despreocupada, en el buen sentido de la palabra, buen esposo, buen padre de familia, buen ciudadano, puntual contribuyente del impuesto de la sal; usted que educa a sus bellas hijas en los severos principios del decálogo, pero sin alejarlas de la sociedad y de las distracciones propias de su edad y de su sexo; dígame usted si se atrevería a llevarlas a una función teatral cualquiera, sin consultar otra cosa que el nombre del teatro ó el título de la obra que se representa.

Mientras usted me contesta, prosigo diciendo que no encuentro verdadero teatro nacional en ninguna parte, aunque se le busque con la lámpara de Edison, que es de más potencia lumínica que la linterna de Diógenes. Porque no bastan para dar carácter de nacionalidad a la escena las escasísimas producciones dramáticas de algunos ingenios, que aparecen de tarde en tarde en el horizonte literario como brillantes pero fugaces meteoros, y que aún pasan desapercibidas para las gentes que no tienen costumbre de mirar a lo alto...

Pero advierto que me voy escurriendo hacia la seriedad, como si la cosa lo mereciera. Esto no puede seguir en semejante diapasón... La pluma desafina y los conceptos que de ellas salen más se van pareciendo a la canturía grave del moralista que al alegre sonsonete de los cascabeles de Polichinela, que es la música que más me agrada.

Pongo, pues, un calderón a este potpurri, y aplazando para otro día la continuación de mi tarea, digo como los compositores italianos: *Da capo*.

BLAS.

LAS SIERVAS DE MARÍA

MINISTRAS DE LOS ENFERMOS

UNO de los argumentos que frecuentemente emplean los incrédulos y los libre-pensadores de nuestros días para combatir y desacreditar á la Religión católica, consiste en afirmar que los milagros son ya una antigüalla que repugna á la civilización y á los adelantos modernos, aduciendo, como la prueba más concluyente de su negativa, la falta de hechos sobrenaturales en estos tiempos en que la lumbre y la discusión todo lo invaden.

Las densas tinieblas que ofuscan el entendimiento de los enemigos de la iglesia de Jesucristo, no les permiten ver los milagros y las maravillas que hoy, como en todos los tiempos, sobre todo desde que el mundo fué redimido por la preciosísima sangre del Hombre Dios, se obran en sus criaturas cuando éstas invocan con fe su misericordia y su omnipotencia.

La vida de Jesús rebosa en milagros, y hasta en la misma cruz los obró, formando aquéllos una maravillosa cadena, después de su muerte, con los portentos que abundan en las vidas de sus siervos, de los santos que veneramos en los altares que la van eslabonando.

¿Se necesitan pruebas para demostrar la falsedad del aserto de los incrédulos y los ímpíos, cuando sostienen que no se ven milagros en nuestros días?

¿Y qué otro nombre que el de milagros debe darse á esas fundaciones piadosas y caritativas que diariamente vemos surgir en España, como en todas partes, en medio del descreimiento fomentado por una prensa en su mayoría sostenida por sectas enemigas del catolicismo, y alentada y protegida por los gobiernos de Europa, que por regla general tienen declarada la guerra á la Iglesia de Jesucristo?

¿Qué otras cosas son sino milagros patentes, esos establecimientos formados por la iniciativa privada y frecuentemente sin contar para su fundación con otros medios que el auxilio divino, esas Hermanitas de los pobres, que acogen, consuelan y alimentan á los ancianos desvalidos, esas piadosas mansiones donde son acogidas las sirvientas que no tienen colocación, ó se recogen los niños abandonados por sus padres en las calles de esta capital, vistiéndoles, alimentándoles, instruyéndoles en los principios religiosos y proporcionándoles, por último, oficio ú ocupación honrosa? ¿Cómo nacieron y se desarrollaron esas obras piadosas y caritativas, sino por medio de repetidos milagros, de portentosos rasgos de caridad?

Nosotros diríamos, por último, á los ímpíos é incrédulos que niegan temeraria y estupidamente lo sobrenatural, ó lo que es lo mismo, el poder y la misericordia de Dios; nosotros les diríamos si supusiéramos en ellos buena fe y amor á la verdad: «Si queréis todavía milagros más patentes y continuos, visitad el santuario de Nuestra Señora de la Saleta, ó el más próximo de Lourdes, y si no queréis emprender este viaje, registrad sus anales y en ellos veréis cómo la Santísima Virgen se apareció allí en nuestros días á unos pobrecitos niños, cómo en aquellos sitios, antes eriales, se ostentan magníficos templos en testimonio del poder y del amor de la excelsa Madre de Dios, y cómo, finalmente, se obran allí repetidos prodigios en los enfermos sanados y en los infelices que acuden allí á invocar su misericordia.

Perdónenos el lector esta digresión, en gracia de la causa que la motiva, por que la institución de las *Siervas de María* en que vamos á ocuparnos, revela muy á las claras el auxilio divino, y debe ser un nuevo testimonio que desvanezca las tinieblas de los desdichados que temerariamente se empeñan en negar lo sobrenatural.

Hace treinta años poco más ó menos que el celoso sacerdote D. Miguel Martínez y Sanz, hoy rector de la Capilla del Obispo, fundó en el barrio de Chamberí, de cuya parroquia se hallaba encargado, un instituto piadoso que tituló de las *Siervas de María*, las cuales debían consagrarse exclusivamente al cuidado y asistencia de los enfermos, acudiendo para ello á donde fuesen llamadas. Pocas fueron, como sucede en todos los principios, las mujeres piadosas que se presentaron para desempeñar tan áridas y caritativas tareas, y entre ellas, algunas ancianas cuyo estado más bien que para asistir enfermos, exigía la asistencia ajena. Sin embargo, empezó este piadoso servicio, y habiendo tenido que abandonar á Madrid el referido sacerdote Sr. Martínez y Sanz, para dirigirse á las islas de Fernando Póo y Annovon como misionero apostólico, sustituyóle en dicho cargo por breves años el P. Gabino Sánchez sin que progresase gran cosa, á pesar de su celo, tan benéfica institución.

Algún tiempo después, el año 59, tomó á su cargo la Parroquia de Chamberí, y al mismo tiempo la naciente institución el Rdo. P. D. Angel Barra. El nu-

mero de las Siervas de María en aquella época sería el de doce hermanas que prestaban el servicio en la medida de sus escasas fuerzas.

No nos detendremos á mencionar las vicisitudes y los obstáculos que hubo que vencer en los 24 años transcurridos desde que el P. Barra tomó bajo su dirección esta santa obra, tan útil como meritoria, por que sería árdua empresa para nosotros, pero el lector comprenderá fácilmente que durante este período de tiempo, no habrán sido pocas las dificultades que habrá tenido que vencer y los apuros con que habrá luchado, no contando con otros medios humanos que la caridad pública y privada, para llevar al estado floreciente y maravilloso la institución de las *Siervas de María* harto conocida hoy por los vecinos de Madrid y aun en muchas provincias de España y Ultramar, por los desinteresados auxilios y consuelos que prodiga á los enfermos que recurren á ellas.

El P. Barra contó sobre todo con el auxilio divino, con la misericordia y la Providencia de Dios, necesarias, sobre todo, para llevar á buen término las obras que tienen única y exclusivamente por objeto, la práctica de la caridad y su mayor honra y gloria.

Inmensa debió ser la satisfacción del P. Barra al tomar parte el domingo 22 de Abril en la festividad religiosa celebrada con motivo de la inauguración del nuevo edificio levantado á expensas de la caridad pública, para morada de las ministras de los enfermos, y al escuchar de labios del elocuente orador sagrado, que lo fué el Sr. Carús, la abnegación, el celo y la caridad inmensa con que estas piadosas mujeres desempeñan su santa y nobilísima misión esforzándose por contribuir al alivio y consuelo de los enfermos, y, sobre todo, á la salvación de sus almas, cuando su enfermedad es grave, y cuando, como sucede con harta frecuencia, por desgracia, tienen abandonada la salvación de sus almas.

No olvidaremos los importantes y meritorios servicios que las hijas de San Vicente Paul prestan en los hospitales y en los campos de batalla, en los que se las ve como ángeles bajados del cielo asistiendo y curando á enfermos y heridos, porque los servicios que prestan deben ser bendecidos y admirados por todo buen católico. Pero la misión de las *Siervas de María* es más universal, digámoslo así, porque se extiende no sólo á todas partes sino á todo linaje de personas y de familias.

Las *Siervas de María* no preguntan cuando son llamadas para asistir á un enfermo, si éste es ó no católico, y fieles guardadoras de los preceptos evangélicos, sólo atienden, al acudir á su llamamiento, al bien que pueden proporcionar, al alivio de las dolencias de su cuerpo que puedan conducirlos á lo más importante para ellas, al remedio de los males de su alma.

El turco, el protestante, el hereje todos los desdichados que viven sumidos en la incredulidad y el error, todos los enemigos de la Iglesia de Jesucristo, tienen derecho á los servicios de estas piadosas mujeres, que, ante todo, buscan la salvación de las almas y la mayor gloria de Dios. Varios son los casos en que su piedad y desvelo han conseguido salvar el alma del enfermo á quien asistían, perdida la esperanza de salvar su vida, y casos ha habido también, en que el moribundo, conmovido al ver la actitud suplicante y piadosa de estas fieles *Siervas de María*, postradas á los pies de su lecho, no sólo han accedido á sus ruegos, muriendo cristianamente, sino lo que es más, les han confiado sus disposiciones testamentarias.

Justo era por tanto que los pueblos de España protegiesen y amparasen una santa institución que tan importantes servicios presta á la humanidad doliente. Así la hemos visto prosperar y florecer aun en medio de las revueltas políticas, cuando la revolución triunfante arrollaba y destruía lo más sagrado de la tierra, arrojando á las esposas del señor de sus santas moradas, derribando conventos ó transformándolos en cafés ó en teatros. Y caso ha habido en que en medio de una revolución deshecha alguno de sus más importantes caudillos ha recurrido á la santa mansión de las *Siervas de María* á solicitar la asistencia de éstas para algún individuo de su familia.

Háanse cumplido como hemos dicho, veinticuatro años que el Rdo. P. Barra tomó á su cargo el gobierno y dirección espiritual de las *Siervas de María*, que entonces, como dijimos también, ascendían á 12, y hoy consta la comunidad de 60 siervas en la casa Matriz de Chamberí, hallándose fundadas 25 de estas en otras tantas provincias así de España como de Ultramar.

No necesitamos enumerar los viajes, molestias y gestiones de todo linaje que habrá tenido que practicar la Superiora de la Comunidad, que desde un principio viene desempeñando este cargo, no sólo para obtener permiso de los Prelados á fin de establecer estas fundaciones, sino con objeto de buscar

y adquirir edificios á propósito para ellas. Todos los obstáculos y las dificultades con que se ha tropezado, se han allanado de manera maravillosa, hasta haber llegado esta piadosa institución al brillante estado en que hoy se encuentra.

Ya estamos oyendo exclamar á alguno de esos incrédulos intransigentes que nunca quieren darse por vencidos: — ¿Y queréis atribuir también á milagro la fundación y el desarrollo de la obra de las Siervas de María? — No decimos que sea un milagro de esos que espantan por los instantáneos y sorprendentes, pero no os atreveréis á negar que en la fundación de que se trata, como en otras muchas que tienen por objeto el bien de la humanidad y la salvación de las almas, se descubren y ven patentes la misericordia de Dios y su Omnipotencia, que temerariamente negais, al negar los milagros. No; las fuerzas humanas, por poderosas que sean, son incapaces de obrar prodigios como el que admiramos en la fundación de la obra de las *Siervas de María*, y el sacar de la nada el magnífico edificio que acaban de ocupar y el poblarlo de numerosas obreras que ofrecen al señor su existencia para el alivio de sus hermanos dolientes y salvación de sus almas, es decir, en aras de la caridad cristiana, sólo es dado al poder divino.

Los habitantes de Chamberí, que en considerable número ocupaban la espaciosa capilla provisional habilitada para el culto, ínterin se terminan las obras de la Iglesia no concluidas aún por falta de recursos, no olvidarán, y mucho menos la comunidad de las *Siervas de María*, el día 22 de Abril destinado á solemnizar la inauguración de su nueva mansión. En la Misa solemne ofició el Rdo. P. Barra, con satisfacción de sus amadas hijas que lo consideran y estiman como á su padre. La orquesta desempeñó admirablemente su cometido, y nada dejó que desear, haciendo resaltar las bellezas de la Misa compuesta por el profesor D. Pablo Hernández, habiendo cumplido admirablemente su piadosa misión el orador sagrado Sr. Carús, como dijimos al principio.

Vamos á terminar este desaliñado artículo dirigiendo un humilde ruego en nombre de las *Siervas de María* á las personas piadosas y caritativas, que cuenten con medios para hacer un inmenso bien en beneficio de la religión, de la humanidad y de aquellas piadosas mujeres que tan acreedoras son á la estimación y á la gratitud del pueblo de Madrid, por los importantes servicios que le prestan. Hemos dicho que las obras de la iglesia se hallan sin terminar por carecer la comunidad de los recursos que se necesitan para ellas, y ascienden próximamente á seis mil duros. Las *Siervas de María* esperan de la caridad cristiana esta suma, y confían en la misericordia del Señor, que las ha elevado á la altura en que hoy se encuentran, que suscitará en alguna alma cristiana el nobilísimo y cristiano anhelo de que su nombre se inscriba en los anales de los protectores de esta piadosa comunidad que nunca la olvidará en su oración, añadiendo á su nombre la santa invocación, el lema de las hijas de San Ignacio de Loyola: *Ad maiorem Dei gloriam*.

JOSÉ TORÁ.

EL VESUBIO¹

AUNQUE las horas que debemos permanecer en la ciudad partenopea ya están contadas, no hemos de abandonarla sin haber visitado el gigante de fuego y la ciudad desenterrada; y aprovechando el camino de hierro de Nápoles á Pórtici, y sin detenernos en su castillo, edificado por Carlos III, ni en Resina, construída sobre los mismos torrentes de lava que ahogaron á Herculano, emprendemos la nada fácil ascensión hasta las orillas del antiguo cráter, después al pie del cono, luego á la cima, para volver al cabo de una excursión de algunas horas con el corazón lleno de emociones, la fantasía de imágenes, y el espíritu engrandecido, pues parece que después de haber visitado el Vesubio se siente en derredor una atmósfera de grandeza y hasta pudiéramos decir de orgullo, por haber osado poner nuestra planta sobre la frente del coloso. Bien es cierto que esto no se consigue del todo impunemente, pues aparte de la agitación interior que los más esforzados sienten al verse en aquellas alturas, y sin saber si el infernal Vulcano que palpita debajo de nosotros escogerá aquel momento para lanzar un débil suspiro de sus entrañas de fuego, débil suspiro que bastaría para lanzarnos, cual leve pavesa, á servir de pasto á los peces del cercano golfo; la piel del calzado que defiende nuestros pies en la peligrosa ascensión y que se hunde en la capa de calientes

¹ De la obra *Viaje á Oriente de la fragata de guerra Arapiles y de la comisión científica que llevó á su bordo*.



cenizas que rodea el cráter, se abre como si hubiera estado expuesta al fuego, y á veces no dejan tampoco de participar de igual efecto nuestros pies.

Esta montaña, cuyo interior estado de constante movimiento ígneo se ha hecho tan célebre desde los tiempos de Tito, tiene también su historia, historia escrita en la de la humanidad, por los grandes desastres que le ha causado. Durante mucho tiempo, en los siglos históricos, debió permanecer inactiva, puesto que los griegos, si bien la consideraron como volcánica, no conservaban la menor memoria de sus erupciones; lo cual no empece para que en épocas anteriores á la historia las hubiera tenido, pues los edificios de Herculano se levantan sobre capas de lava semejante á la que la destruyó, y que conservan vestigios de cultivo, lo cual demuestra lo muy antigua que era aquella ciudad.

A la época en que tuvo efecto la terrible erupción del año 79 de Jesucristo, que es la primera que se registra en los anales de la Edad antigua, la forma de aquel monte no debía ser la que actualmente tiene, contando mucha menor altura, puesto que no existía el alto cono de cenizas que hoy se levanta sobre la *Somma*. Justifica esta conjetura el testimonio de Strabon, que, como es sabido, vivió en tiempo de Augusto, el cual, describiendo este célebre monte, dice que estaba cubierto de hermosas campiñas, á excepción de la cima, que era casi enteramente plana, estéril, de ceniciento aspecto y con rocas destrozadas y ennegrecidas por las llamas, lo cual hacía creer al célebre geógrafo que aquella montaña había estado en actividad ígnea, abierta por cráteres de fuego, el cual se había ido extinguendo por falta de pábulo, y que á estas especiales condiciones debía atribuirse su fertilidad, lo mismo que la de Catania á las erupciones del Etna.

La memoria, pues, de los terribles estragos del Vesubio queda reducida á las conjeturas formadas por un sabio, y á las que sugiere el estudio de las antiguas capas volcánicas sobre que estuvo edificada una de las más florecientes ciudades de aquella pintoresca comarca, que poco tiempo después de emitir sus acertados juicios el geógrafo del siglo augústeo, quedaba borrada de la faz de la tierra por las corrientes de lava, que después de una larga sucesión de siglos, cuyo punto de partida no puede precisar la Historia, volvieron á correr en raudales de fuego, para convertir las florecientes ciudades cercanas en

Campes de soledad, mustio collado.

El Vesubio, pues, tiene marcada en su cónica superficie, de una manera clara y precisa, las dos grandes épocas de su historia. La que pudiéramos llamar su historia antigua, que termina en el paraje llamado hoy la *Somma*, ó *Monte Somma*, cuyo punto más alto se conoce por la punta *di Nasone*, elevada 1.068 metros sobre el nivel del mar, y el gran cono de cenizas en cuyo centro se encuentra el actual cráter, separado del anterior por un profundo valle que le rodea en su base, y que se conoce con el nombre del *Atrió del Cavallo*, que separa la *Somma* del Vesubio propiamente dicho.

La *Somma* debía ser la cima de aquel monte en el siglo augústeo, cuando Lucrecio y Virgilio lo conocían con el nombre de *Veseris*, y cuando lo describía Strabon; de modo que el actual Vesubio, el gran cono de cenizas en medio del cual se encuentra el cráter, y que se levanta sobre la *Somma*, en algunos puntos hasta cerca de 200 metros, cuenta una existencia que todavía no llega á 1.800 años, y que podemos llamar por lo tanto la Edad moderna del Vesubio, puesto que empezó á formarse con la terrible erupción del año 79 de nuestra era; siendo antes, según el testimonio Strabon, citado, la cima ó *Somma* del *Veseris*, casi enteramente plana.

No fué sin embargo repentina y desprovista por completo de antecedentes la gran erupción que sepultó á Pompeya y Herculano, y con la que inauguró su nuevo período de terrible actividad el gigante de fuego partenopeo. Cerca de sesenta años después de haber escrito Strabon las importantes noticias que ya hemos visto sobre el Vesubio, cuando hacía sentir sobre el mundo romano todo el peso de su tiránico y despótico poder el lunático Neron, en el mes de Febrero del año 63 de Jesucristo, la naturaleza volcánica de aquella montaña se reveló por primera vez en los tiempos históricos, agitando en espantoso terremoto que, como presagio de mayores desdichas, derribó y produjo estragos sin cuento en todos sus alrededores, y con fatal predilección en las ciudades de Herculano y de Pompeya.

Desde la primera señal de su terrible actividad interior no podían esperarse por mucho tiempo las subsiguientes. En el año de 64, y en casi todos los posteriores hasta el 79, sucedieron con mayor ó menor intensidad nuevos y violentos terremotos, que al fin dieron por resultado la célebre erupción de este último año, primera de que se conserva memoria, y que desolando todos los alrededores, cubrió

con una lluvia de candentes cenizas y con rios de lava abrasadora las ricas comarcas tan celebradas por naturalistas y poetas.

El Vesubio, pues, en las dos épocas que clara y distintamente presenta, puede considerarse como un cráter encima de otro cráter, pues la *Somma*, rodeando la base del gran cono de cenizas, al N. y al O. en sus abruptas paredes de la parte inferior, ofrece todos los caracteres del antiguo cráter que en tiempos ante-históricos debió hallarse en ignición, correspondiéndose por maravillosos senos subterráneos con los otros respiraderos de aquel gran centro volcánico, Ischia, Prócida la Solfatara y Monte Nuovo.

La terrible y magnífica explosión con que inauguró el Vesubio su moderna historia, se encuentra enlazada de tal modo con la del pueblo romano, y mucho más después del descubrimiento de las sepultadas ciudades de Stabies, Herculano y Pompeya, que es imposible contemplar el Vesubio sin que acuda á la memoria la descripción de aquella terrible catástrofe, hecha afortunadamente por Plinio el joven en epístola dirigida al historiador Tácito. Por él sabemos, y pueden apreciarse con toda exactitud las circunstancias que precedieron á los momentos de la erupción, los repetidos sacudimientos de la tierra, la pesadez de la atmósfera, la agitación y mugido del mar, la sombría noche que cubrió lo mismo la montaña que la llanura y el golfo, y después la espantosa detonación del cráter, la lluvia de fuego y de cenizas, y el cuadro terrible de los habitantes de las ciudades huyendo desprovistos en el paroxismo de un espanto imposible de describir, y tanto más horrible para ellos, cuanto que la actividad destructora del volcán les era enteramente desconocida.

Desgraciadamente también á tantos horrores se asocia en aquel funesto día la pérdida de uno de los personajes más ilustres de la Roma de Tito, emperador que gobernaba al mundo cuando tuvo lugar la terrible catástrofe.

Plinio el naturalista, que se encontraba entonces en Misena al mando de una escuadra, advertido por su hermana, madre de Plinio el joven, de la extraña nube que se elevaba encima del Vesubio, llevado por ese afán insaciable de los hombres de ciencia, que les arrastra á veces á la muerte, y movido á la vez por un caritativo sentimiento, quiso estudiar de cerca el fenómeno, y llevar socorros que juzgaba podían ser necesarios á los amigos que vivían al pie de aquella montaña. Preparando para ello una embarcación, puso rumbo á Stabies, y dió fondo delante de ella, á pesar de las cenizas y de las piedras calcinadas que, habiendo comenzado ya la erupción, caían en abundancia sobre su barca. Fiado en su propósito, desembarcó en Stabies, y se alojó en casa de su amigo Ponponiano, donde con la tranquilidad de los hombres verdaderamente grandes tomó el baño á la usanza romana, cenó y se acostó tranquilamente, durmiéndose en breve. Bien pronto el sitio por donde se entraba á su aposento principió á llenarse de cenizas y de piedras, y á poco que hubiera permanecido en apacible sueño, no habría tenido por donde salir, corriendo peligro de quedar enterrado en vida. Fué, pues, preciso despertarle, y habiéndose reunido en seguida con Pomponiano y los demás amigos, que, menos confiados, habían permanecido en vela, deliberaron si deberían encerrarse en la casa ó salirse al campo, porque los edificios estaban muy quebrantados con las violentas y frecuentes sacudidas de los terremotos. Tomado este último acuerdo, y sujetándose almoadones sobre las cabezas, para preservarlas de la lluvia de piedras que caía, al amanecer salieron todos dirigiéndose hacia la orilla del mar, amanecer que para los tristes expedicionarios no existía, pues reinaba alrededor de ellos la más sombría y más oscura de las noches, interrumpida sólo por los relámpagos. Á pesar de ello consiguieron acercarse á la orilla; pero la mar, contraria y tempestuosa, impedía, ni pensar siquiera, en abordar la ligera embarcación donde la tarde antes había llegado Plinio. Allí escribe su sobrino, el joven narrador de estos sucesos: «Mi tío se acostó en un paño extendido, pidió agua fría y bebió dos veces. Bien pronto las llamas y un olor de azufre que anunciaban su proximidad, hicieron huir á todos, y obligaron á mi tío á levantarse. Se levantó en efecto apoyado en dos esclavos jóvenes, y en el mismo instante cayó muerto, sofocado, en mi juicio, por aquella espesa humareda. Tenía naturalmente el pecho débil, estrecho y anhelante. — Cuando la luz reapareció, tres días después del que había sido el último para mi tío, se encontró su cuerpo sin herida alguna y en la actitud de un hombre que más parecía dormido que muerto 1.»

El célebre narrador de tan triste escena, á la sazón

1 Plinio el joven E. VI, 16.

joven de diez y ocho años, acaso libróse de la muerte por la afición al estudio, pues por no abandonarlo en las horas que á él dedicaba, no quiso acompañar á su tío en el viaje á Stabies. Su madre, desvelada en aquella terrible noche á causa de la violencia de los repetidos terremotos, llena de inquietud maternal entró en la habitación de su hijo y le sacó al patio de la casa, donde se sentaron, y donde el aplicado joven continuó estudiando el Tito Liyio, hasta que el inminente peligro de verse enterrados en los escombros de la casa que amenazaba próxima ruina, les hizo huir al campo. «El mar se había retirado de la orilla, dejando los peces en seco, un nublado negro y compacto se abría, desgarrado por surcos de llamas parecidas á persistentes relámpagos. Aquella terrible nube pesaba sobre la tierra, cubría el mar, rodeaba á nuestros ojos la isla Caprea y el promontorio de Miseno. — Yo estaba sostenido por este pensamiento triste y consolador á la vez: «Perezca conmigo todo el universo.»

Después de aquel poderoso sacudimiento con que el gigante tornó á la vida, despertando de su letargo de siglos, ya no volvió á reposar tranquilo por mucho tiempo, lanzando al espacio su anhelosa respiración ardiente cuando le ahogan las rugientes aguas del mar que se precipitan en sus entrañas de fuego, levantando tempestad de vapores, que no pueden contener las cavidades quizás de su pecho.

Cuando tal acontece, las masas de materias licuadas por el fuego se elevan al exterior y son arrojadas fuera del cráter por el poder inmenso de los vapores acuosos, formando esas corrientes líquidas bituminosas, candentes, que se conocen con el nombre de lavas; y si el vapor se abre paso á través de las masas que levanta en su impetuosa expansión, las arroja hechas menudos pedazos, siendo las mayores las que reciben el nombre de *escorias* volcánicas, en el país *lapilli*, ó *rapilli*, y las partes menos resistentes ó de menos cohesión, que quedan pulverizadas como menuda arena, forman las llamadas *cenizas* volcánicas. Cuando el cono formado alrededor del cráter resiste al esfuerzo de la masa de lava, ésta se desborda por la cima como un río; y si puede abrirse más fácilmente paso á través de las materias volcánicas del cono, se escapa por sus lados y aun por el borde del cráter, dividiéndose en muchos brazos ó corrientes. Libre del peso de las lavas, los vapores acuosos se elevan llevando en suspensión cenizas y escorias, y se alzan sobre el cráter en oscura tromba, afectando la forma de un gigantesco y fantástico pino, condensándose de nuevo en el aire para caer después, llegados al término de su fuerza impulsiva, por su misma gravedad, convertidos en agua mezclada con aquellas sustancias que arrastraron consigo, formando esos formidables ríos de lodo llamados *lava de agua*, á los cuales Herculano debió especialmente su destrucción. Por ventura el Vesubio, si despliega una actividad de este linaje con demasiada frecuencia, no se halla ésta en razón directa de su intensidad. Lanza vapores acuosos y piedras con un ruido que remeda el de cañonazos disparados á cierta distancia, pero sus efectos ordinarios se limitan á la formación del cono eruptivo en el cráter. Cuando las erupciones son de mayor importancia, entonces se oyen grandes ruidos subterráneos, terremotos y relámpagos producidos por la electricidad, que no puede menos de tomar también activa parte en esta terrible lucha de las fuerzas de la naturaleza.

En la elevada temperatura á que deben hallarse los senos de la montaña puede formarse aproximado juicio, teniendo en cuenta que la de los arroyos de lava, cuya brillante superficie se descompone bien pronto en un color oscuro de matices varios, llega hasta 1.000 grados del termómetro Reaumur, marchando con una velocidad á su salida del Vesubio de mil metros por hora; y es tal la incandescencia de las paredes del cráter y de la lava que cubre sus orillas, que durante la noche parece elevarse constantemente una alta y rojiza llama en el centro de la permanente columna de humo que como ceniciento penacho le corona, llama que no existe, y que es sólo el reflejo de la lava fundida del cráter sobre aquella nube de vapor y de ceniza.

El detenido estudio de las materias volcánicas arrojadas por el Vesubio ha descubierto, gracias á los incesantes desvelos del profesor napolitano Scacchi, que existen en ellas cuarenta especies diversas de minerales, los cuales se encuentran en su mayor parte en las antiguas lavas de la *Somma*, ó en las masas de piedras calcáreas y de otras clases que vomita el volcán. El torrente de 1852 contenía una gran cantidad de un mineral especial y muy extraño, llamado *cotunita*, que es un cloruro de plomo.

Desgraciadamente para los que viven en sus alrededores, pero por fortuna para las investigaciones científicas, los movimientos y las erupciones de aquella montaña se han sucedido con más ó menos inten-



VISTA DEL VESUVIO Y ESCALAS DE LAS ASCENSIONES.

Ayuntamiento de Madrid

sidad, pero con demasiada frecuencia. Después de la del año de 79, registra la Historia la que tuvo lugar en el año 203, en tiempo de Septimio Severo, y otra en el siglo V, y su año de 472, en la cual, según el testimonio de Marcelino y de Procopio, las grandes masas de ceniza que lanzó el cráter llegaron hasta Constantinopla, impulsadas por el viento. Nueva erupción, en la que, según indicaciones del mismo Procopio y de Casiodoro, se notaron corrientes de lavas, tuvo lugar en 512 y repitiéndose en 1036 y en 1500, quedó el Vesubio en reposo por más de un siglo, pues no volvió a presentar señales de su aterradora actividad, desde dicho primer año de la centuria XVI hasta el treinta y uno de la XVII. Durante este tiempo la gran actividad que presentó el Etna, y el levantamiento del Monte Nuevo, de que ya hablamos, cerca de Puzzoles, demostraron claramente que la aparente calma del Vesubio no era sostenida sino por la actividad de los otros volcánes, unidos todos en misteriosas y profundas comunicaciones subterráneas.

Durante aquel período de reposo, el cráter del Vesubio presentaba el aspecto que hoy ofrece el apagado volcán de Astroni, según el testimonio de Braccini, que le visitó poco antes de la erupción de 1631, diciéndonos que tenía de siete á ocho kilómetros de circunferencia, y de cerca de mil pasos de profundidad; que sus lados estaban cubiertos de malezas; y que en el fondo se encontraba una llanura en la cual pastaba el ganado; sirviendo las partes más pobladas de monte, de refugio y guarida á los javalles. Imposible parece que después de esta descripción por la que el temeroso seno de fuego había-se convertido en lugar apacible de la Arcadia, la terrible erupción del 16 de Diciembre de 1631, llenara de desolación todos aquellos pintorescos alrededores. Siete ríos de lava, desprendiéndose á la vez de la cumbre, inundaron con sus corrientes abrasadoras gran número de pueblos situados en la falda de la montaña, contándose entre ellos Resina, construido en parte sobre el emplazamiento del antiguo Herculano; siendo además las inundaciones de lavas acusadas no menos destructoras que las de la verdadera lava: habiendo llegado el número de víctimas causadas por la terrible catástrofe hasta cuatro mil. El inmenso cono de nube y de cenizas que se elevaba del cráter, como un colosal pino, según la comparación que hace poco apuntamos, fué de tal magnitud, que privó á Nápoles de la luz del sol, extendiéndose con increíble rapidez por el Sur de Italia hasta Tarento. Grandes piedras volaban hasta doce millas de distancia; y el suelo, agitado sin cesar por violentas sacudidas, parecía querer desgarrarse y romper en pedazos la endurecida superficie, mientras los torrentes de lava iban arrasando campos y lugares, destruyendo, entre otros, no sólo á Resina, sino á Bosco, Torre dell'Anunziata, Torre de Greco y Portici. Después, aunque no con tanta intensidad, volvieron á repetirse las erupciones en 1660, 1682, 1694, 1701, y sobre todo la de Mayo de 1707, que duró hasta el mes de Agosto, y que arrojó sobre el mismo Nápoles espesa lluvia de cenizas, que puso gran miedo, y y no sin razón, en el ánimo de los napolitanos. En el pasado siglo además, y sus años de 1712—1717—1720—1728—1730—1737—1751—1758—1760—1766—1767—1770—1773—1776—1779—1784—1786—1790 y 1794, volvieron á repetirse los mismos fenómenos; siendo las más terribles de estas erupciones las de 1737, 1760 y 1767, que fueron también acompañadas de torrentes de lava y de lluvias de ceniza, llegando en la última hasta Portici y Nápoles; y la de 1779, que fué una de las más considerables que registra la historia del Vesubio, por la inmensa cantidad de enormes piedras enrojecidas por el fuego, algunas de más de cien libras de peso, que se elevaban hasta una altura de 700 metros. No ménos terrible había sido la de seis años antes, por los ríos de lava que se precipitaron de la cima y que entraron en el mar, cerca de Torre del Greco, haciendo hervir las ondas mientras las cenizas llegaban hasta los alrededores de Chieti y de Tarento.

Fecundo también en las terribles manifestaciones de su actividad fué el Vesubio durante los años que van transcurridos del presente siglo, pues en 1804—1805—1806—1809—1811—1813—1817—1820—1822—1828—1831—1834—1838—1845—1847—1850—1854—1855—1858—1865—1867 y 1868 se han repetido, con mayor frecuencia en verdad que en la anterior centuria, las erupciones, habiendo sido de entre ellas las más notables, por sus efectos ó sus estragos, las del año 1804 y 1805; la del mes de Octubre de 1822; la de Febrero de 1850; la de Mayo de 1855; la de Junio de 1858, que disminuyó la altura del cráter en cerca de 60 metros, y la del año 1861, que causó nuevos desastres en Torre del Greco, erupciones célebres en la historia de aquella montaña volcánica, por las observaciones que sobre el ígneo meteoro hicieron

sabios de tan merecida nombradía como, entre otros, Alejandro Humboldt.

La erupción, que, comenzada en la noche del 12 al 13 de Noviembre de 1867, duró, aunque ya en el período de su decadencia, hasta Febrero de 1868, indemnizó á la altura cónica del cráter en la medida que había tenido diez años ántes, pues formó un nuevo cono que llegó á 120 metros de altura, cono, cuya truncada cima se ha visto cubierta de nieve más de una vez; lo cual nos recuerda aquella gran imagen de nuestro célebre actor y poeta Julian Romea, cuando, ponderando la constancia de su amor, escribía:

Y será mi pelo blanco
sobre mi frente arrugada;
blanca nieve amontonada
sobre el hirviente volcán.

Fenómenos extraños anuncian la proximidad de las erupciones y se notan después de ella. La disminución y aun la falta completa de agua en los manantiales y en las fuentes que se encuentran en la falda del Vesubio es una de las señales que, según los hijos del país, indican aquella proximidad, suponiéndose también que los reptiles salen á la superficie huyendo de sus madrigueras, y que los animales todos demuestran cierta instintiva inquietud; observación que no es en verdad peregrina, pues también se ha hecho con repetición en ciertas regiones meridionales de España, donde los terremotos son muy frecuentes; pero el más seguro signo es el ver aumentar la columna de humo que sale del cráter, y que se va espesando mezclada con cenizas y elevándose hasta una altura de miles de metros. Después de las erupciones, se notan desprendimientos de ácido carbónico, bajo las antiguas lavas, y en los subterráneos y cuevas de los edificios, fenómeno conocido con el nombre de *mofete*, y á veces toma tales proporciones que produce la muerte por asfixia á muchas personas. — Hoy pueden estudiarse mejor todos los fenómenos á que da origen el Vesubio, gracias al observatorio meteorológico fundado en 1844 sobre la célebre montaña, á una altura de 644 metros sobre el nivel del mar, que, dirigido en un principio por el célebre Melloni, después por Palmieri, está dotado de buenos instrumentos de observación, entre los cuales hay uno especial para la de los terremotos.

Todos los detalles, todos los datos que van apuntados, son sin embargo investigaciones con que la insaciable actividad humana procura satisfacer el deseo de estudiar la historia y la existencia del coloso, porque, durante la ascensión al cráter, no hay espacio más que para sentir, sin poder razonar. Cuando la rapidez de la pendiente obliga á dejar el caballo y á sujetarse á la cintura una cuerda que se entrega á un guía práctico en el terreno, para sostener el equilibrio de resbalar en la lava ó hundirse en la caliente ceniza; cuando la temperatura va aumentando, á medida que en la ascensión también se adelanta; cuando ráfagas de humo que aturden, y lluvia de ceniza que abrasa, y ruido temeroso que conmueve, cual si se pisara el borde de hueca é insondable tumba, anuncia la proximidad del cráter; cuando por último, se llega á la anhelada cima, jadeantes de fatiga y de emoción, y se quiere avanzar á medir con la limitada vista humana las profundidades de aquel abismo, terror sublime invade el espíritu, y en presencia de aquel gigante de la creación, que nos revela la grandeza de ella y la inmensidad de su *in principio*, pues á pesar de los no sondados siglos que lleva el mundo de existencia, hallase todavía nuestro planeta sin haber llegado al complemento de su reposo; lejos de empequeñecerse el espíritu se levanta á las regiones de la eterna luz y prorrumpe en un himno íntimo de alabanza al Sér del Sér, al Creador é Increado; himno sin palabras y sin sonidos, pero lleno de inmensas admiraciones y de sublimes esperanzas.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

CARIDAD

CUENTO

(Continuación.)

XI

CABOS SUELTOS

Suave y tranquila se deslizó la infancia de Tomás y Gregorito viviendo unidos por el amor, más que de amigos, de hermanos. Acercábase la edad en que la razón del hombre se desenvuelve del velo que la cubría, y dirigiendo una mirada á lo porvenir, empieza á dejar los pasatiempos de niño y á pensar seriamente en conquistarse algún puesto en la sociedad. Los dos niños descubrían sobresaliente aptitud para el estudio: el buen Párroco les enseñó los primeros conocimientos de la lengua latina, ter-

minados los cuales, Alonso y Lucía los enviaron á Alcalá de Henares para que estudiasen en aquella renombrada universidad. Allí, como en Villanueva, la amistad de los dos jóvenes era íntima y cordial, y su conducta religiosa y cristiana les granjeó el cariño de sus superiores y el respeto y aprecio de sus compañeros.

Diez y ocho años de edad tenían, y tres llevaban de estudio con brillantes resultados que hicieron concebir á sus catedráticos grandes y halagüeñas esperanzas, cuando el sensible corazón de Tomás experimentó un terrible golpe con la noticia de la muerte de su padre. Tomás resolvió partir á Villanueva, para consolar á su angustiada madre: Gregorio quiso ir en su compañía, y ambos amigos con la tristeza en el alma, dejaron á Alcalá y tomaron silenciosos el camino de su pueblo.

Algunas leguas habían andado, cuando á la orilla del camino descubrieron un hombre dormido, cubierto de miserables harapos que aún mostraban haber sido ropa de persona bien acomodada. Al ruido de las cabalgaduras el hombre se incorporó sobre las rodillas y las manos y clavó su mirada fija, asustada, vaga y sin expresión como la de un cadáver, en el rostro de los dos amigos. Aquel hombre era joven: apenas algunas barbas cubrían su pálido rostro en que se pintaba la estolidez, sus cabellos estaban revueltos y erizados como las puas de un puerco-espín, y de sus labios desmesuradamente abiertos se deslizaba repugnante baba. Después de contemplar en actitud de cuadrúpedo á los dos pasajeros, su cuerpo se irguió como por resorte, como una pelota de goma que salta de la tierra; de un brinco se puso en frente de los jóvenes: su rostro tomó un aspecto sombrío, y brilló en sus ojos fugaz relámpago de furor; mas al punto, como por encanto, apagose el brillo de su mirada, inclinó el semblante cubierto de rubor, y extendiendo la mano, balbució entre dientes.

—Tengo hambre, dadme de comer.

Tomás y Gregorio detuvieron los caballos, registraron sus escarcelas y dieron al joven los alimentos que llevaban y que él devoró con ansia sin levantar los ojos del suelo. Los dos jóvenes contemplaban aquel desgraciado con profunda compasión. El mismo pensamiento cruzó instantáneamente por sus mentes y ambos se miraron llenos de asombro: bajo aquellas rudas y agrestes formas se les figuraba descubrir facciones conocidas. Tomás hizo al mendigo algunas preguntas con acento y ademán cariñoso: pero aquel callaba, clavaba en el rostro de ambos los ojos horriblemente abiertos, y luego volvía á inclinarlos y á comer con ansia creciente.

Cuando se satisfizo, guardando entre sus andrajos lo restante, volvió á mirar á los caminantes; en sus ojos se encendió de nuevo el furor, y empuñando una daga que llevaba al cinto, la esgrimía con violencia exclamando rabiosamente:

—Quién, quién, ¿quién dice que yo no soy de sangre limpia?... ¿Quién, quién?... ¡Del rey abajo, miente quien lo diga!... Y si el rey lo dice, ¡miente también!... ¡Miente, si!...

Y gritando cada vez más, rugiendo de cólera, corría y blandía la daga; y dando saltos como un gamo, pronto se perdió de vista.

—¡Infeliz!... —exclamó Tomás— ¡Infeliz!... ¡está loco!

—¿Si será él?... —murmuró Gregorio.

Y absorto el pensamiento en dolorosas imaginaciones, los dos amigos continuaron en silencio y con más honda tristeza su camino.

Llegados á Villanueva, dedicaron los primeros días á orar por Alonso y consolar á Lucía, en lo cual les acompañaba el bondadoso Párroco. Luego supo Tomás que su padre, además de la legítima, le había dejado en testamento una hermosa y cómoda casa junto á la suya para que morase en ella cuando, terminados sus estudios, volviese á su pueblo y tomase estado. El joven, caritativo como siempre, propuso á su madre el pensamiento de hacer de aquella casa un hospital para pobres y peregrinos; que á él, decía, Dios le daría donde vivir. La resolución del noble mancebo halló favorable acogida en el corazón de Lucía, siempre dispuesto á sacrificarse en aras de la caridad, y costeando ropas y camas, erigió aquel hospital, que dotó el joven con la herencia que de su padre le tocaba, y el cual recibió más tarde el nombre de su generoso fundador.

Tomás y Gregorio solían pasear todas las tardes con otro joven llamado Félix, hijo de rica familia de Alcalá, en donde le habían conocido y trabado con él íntimos y amistosos lazos. Era sobrino del Párroco, y éste le había llamado para que en su ancianidad le hiciese compañía, y le destinaba para su heredero. Las gentes se edificaban y bendecían á Dios al ver á aquellos tres gallardos mancebos servir á todos de modelo en la virtud y compostura. Pasado el primer dolor de la sensible pérdida de

Alonso, Tomás y Gregorio preguntaban por sus vecinos, y entre otras noticias, supieron que Daniel el usurero había desaparecido del pueblo con su hijo hacía un año, tan imprevista y misteriosamente como viniera. La vieja criada que le servía había muerto de una caída poco antes. Casilda les contó tales sucesos, no sin darse importancia con reticencias y suspensiones, ni sin ponderar con guiños de ojos su excelente olfato y su experiencia del mundo, protestando al mismo tiempo que no quería formar juicios temerarios.

FR. CONRADO MUIÑOS SAEZ.

(Se continuará.)

CONSEJOS

DEL SR. ARZOBISPO PRECONIZADO DE BURGOS A SUS ANTIGUOS DIOCESANOS DE LEÓN

Hace tiempo que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA pagó tributo de respeto a este ilustre Prelado, cariñoso protector de nuestra Revista; pero hoy se complace en repetir sus alabanzas con motivo de su promoción a la silla metropolitana de Burgos, para la que ha sido preconizado en el Consistorio de 15 de Marzo.

El Sr. Fernández de Castro nació en Comillas el 11 de Febrero de 1827. Su carrera literaria y teológica fué una serie de inolvidables triunfos. Ha sido sucesivamente Secretario de cámara del Obispo de Avila, Rector del Seminario de Santander, Canónigo de esta iglesia catedral, Catedrático de Teología, y últimamente dignísimo Obispo de León.

La carta pastoral que con fecha 19 de Marzo ha dirigido a sus antiguos diocesanos, despidiéndose de ellos, es un documento precioso que dice más que nosotros pudiéramos expresar en elogio de su celo, de su caridad y de su carácter verdaderamente apostólico. Dice así en su parte principal:

"Al despedirnos, pues, de todos vosotros, ¡oh hijos muy amados! y al dirigiros por última vez nuestra voz paternal, no podemos menos de decir con el Apóstol: *Gaudium meum et corona mea, sic stete in Domino, charissimi* 1. ¡Oh diocesanos muy amados, venerable clero y religioso pueblo! vosotros seréis siempre mi gloria y mi corona por la pureza de vuestra fe católica y por la regularidad de vuestras costumbres; y para que esto sea así, como lo espero, perseverad hasta el fin en el buen camino, seguid siempre por la senda de los divinos preceptos y mostraos siempre hijos sumisos y amantes de la Santa Iglesia Católica, única verdadera, fuera de la cual no hay salvación: *sic stete in Domino charissimi* 2.

En estos desgraciados tiempos de general perversión, y lo que es más triste, de apostasía por parte de muchos, vosotros por un efecto de la misericordia divina os conserváis tenazmente adheridos a las creencias y enseñanzas de la única verdadera Iglesia, "columna y fundamento de la verdad", sumisos y obedientes a vuestros legítimos Pastores, y en cuanto lo permite la humana flaqueza, procuráis andar por el camino de los divinos mandamientos y preceptos eclesiásticos. Esto hemos tenido lugar de observar por Nos mismo en la Santa Pastoral Visita: esto nos atestiguan constantemente vuestros dignos Párrocos, y esto demuestra el amoroso anhelo con que habéis recibido las Santas Misiones que, con el auxilio de Dios, hemos enviado a todas partes, y los óptimos frutos que de ellas se han recogido: *Sic stete in Domino, charissimi*. En medio de la indiferencia que respecto a las prácticas piadosas se observa por el mundo, vosotros habéis llenado de consuelo nuestro corazón con la frecuencia de los Santos Sacramentos, con la instalación de muchas asociaciones piadosas y con la devoción cada día creciente a la Inmaculada Virgen, Madre de Dios: *Sic stete in Domino, charissimi*.

Por eso nuestro corazón os ama con afecto verdaderamente grande, y proporcionado a este afecto paternal es el dolor que sentimos al separarnos de vosotros, que os habéis conducido como buenos, obedientes y devotos hijos. Nuestro encargo, pues, en la presente ocasión, es que perseveréis en vuestra fe y en el ejercicio de las buenas obras hasta el fin de vuestra vida, porque bien sabéis, y sin cesar os lo hemos repetido, "que sólo el que persevera hasta el fin será salvo" 3, y lo que dejó escrito el gran Apóstol: "que sólo será coronado el que pelear bien, y sin desfallecer" 4, porque "toda nuestra vida es milicia sobre la tierra" 5.

Prestad siempre sumisa y completa obediencia a la Iglesia nuestra Madre: mostrad a nuestros sucesores la docilidad y amor que siempre nos habéis manifestado, y obedeced a vuestros inmediatos Pastores los reverendos Párrocos, que velan por vosotros de día y de noche, "como que han de dar cuenta de vuestras almas" 6. ¡Oh padres y madres de familia! educad a vuestros hijos en el santo temor de Dios: no olvidéis nunca que esta es vuestra primera y gravísima obligación, y que el Apóstol San Pablo dice que quien no la cumple "ha renegado de la fe y es peor que un infiel" 7. Esto os hemos inculcado siempre en la Santa Visita, y hoy no nos proponemos otra cosa que recomendaros lo que os hemos predicado tantas veces.

Y vosotros, hijos, obedeced, respetad y amad a vuestros padres, que ocupan para vosotros el lugar de Dios sobre la tierra: haced dichosa y feliz su ancianidad con vuestro buen comportamiento, y seréis benditos de Dios con bendiciones del cielo y con bendiciones de la tierra.

Jóvenes cristianas, tened siempre presente que el pudor y la modestia son vuestro mejor adorno y la corona de verdadera gloria que debéis llevar sobre vuestras frentes: huid

de las diversiones peligrosas; amad el retiro, la oración y la frecuencia de los Sacramentos; y pues que en todas las Parroquias os habéis alistado, con gran consuelo nuestro, en la Asociación de Hijas de María Inmaculada, mostraos dignas hijas de tan buena Madre: imitad sus virtudes, especialmente su caridad, su humildad y su pureza, y la Santísima Virgen os cubrirá siempre con su manto, y bajo su protección seréis verdaderamente felices.

De un modo especial nos despedimos de vosotros, venerables hermanos, respetables Sacerdotes todos, que habéis compartido con Nos las fatigas del santo ministerio, y nos las habéis hecho tan llevaderas con vuestra conducta verdaderamente sacerdotal.

Os enviamos nuestro último saludo a los que habéis formado nuestro Senado, individuos todos de nuestro venerable Cabildo Catedral, y llevaremos siempre en el corazón los dulces lazos que nos han unido, y la envidiable paz y armonía, ni por un momento turbadas en los siete años y medio de nuestro Pontificado. Continúa siempre siendo el ejemplar y espejo de todo el clero diocesano, vivid entre vosotros en paz y unión verdaderamente fraternales, y sed el consuelo y apoyo de nuestro sucesor, como siempre lo habéis sido nuestro.

Vosotros, los que componéis el Cabildo de la Real Colegiata, continuad dando solemne culto a Jesús Sacramentado, manifiesto siempre de día y de noche en vuestra insigne Iglesia tan amada y frecuentada por los buenos leoneses. Con la magnificencia del culto, con la predicación de la Divina palabra, y con el sostenimiento de las Congregaciones de la "Guardia y Oración", y del "Sacratísimo Corazón de Jesús", tan propias de esa Iglesia, fomentad en todos los leoneses el amor a nuestro Dios Sacramentado y las santísimas prácticas de la visita diaria y comunión frecuente, para corresponder así al inextimable privilegio que tiene la religiosa León, y que la envidian tantos pueblos cristianos.

Y ¿qué os diremos a vosotros, dignos párrocos de la diócesis, amados cooperadores, "que lleváis el peso del día y del calor" 1, y que apacentáis cada cual la parte de este amado rebaño que os ha sido confiada? Con vuestra vida laboriosa, "escondida con Cristo en Dios" 2, ejercéis la misión más alta y de incalculable beneficio a la Iglesia y a la sociedad. Continúa esta obra perfecta: llenad vuestro ministerio: avivad cada día vuestro celo: predicad sin cesar la Divina palabra: sed el ejemplar de vuestra grey, y "cuando apareciere el Príncipe de los pastores, recibiréis de su mano la inmarcescible corona de gloria" 3, prometida a los buenos soldados de Cristo, y "brillaréis como estrellas en perpetuas eternidades" 4.

Esposas inmaculadas del Cordero, vírgenes consagradas al Señor, levantad siempre vuestras puras manos al cielo, atrayendo sobre esta amada Diócesis el rocío de la gracia y la inestimable riqueza de los dones divinos. Si algo bueno hemos hecho en favor de nuestros diocesanos; si nuestro ministerio ha producido algunos frutos de salvación, siempre lo hemos atribuido a vuestra intercesión y valimiento cerca del Trono del Cordero, porque creemos firmemente con San Leandro, que vuestra oración virginal conmueve los oídos de Dios y le inclina a favorecerlos 5.

Agradecidas al beneficio incomparable de vuestra vocación por la que estáis libres de los peligros del mundo, y sois "agradables a Dios en cuerpo y en espíritu" 6, dad continuas gracias al Altísimo con humildad de corazón, y sed fieles hasta el último momento en que habéis de oír de sus divinos labios aquella dulcísima palabra: "Ven, esposa mía, ven del monte Líbano, ven y serás coronada" 7.

También debo deciros dos palabras a vosotros, piadosos hijos del ilustre San José de Calasanz, que habéis venido a honrar nuestra ciudad y edificarla con el ejemplo de vuestras virtudes y a favorecerla con los trabajos de vuestro ministerio. Grande y sublime es vuestra vocación e interés, en el cual ninguno, sobre todo en los presentes tiempos, el fin de vuestros sagrados institutos es formar la juventud con el espíritu de la piedad y de la inteligencia. Creced, pues, y multiplicad en número y en fervor para que al salir de esta Casa de estudios, os diseminéis por todos vuestros colegios de España para enseñar a la juventud estudiosa la única verdadera ciencia; la ciencia cristiana, ciencia basada en el santo temor de Dios que produce óptimos frutos en la sociedad.

¡Humildes y pobres hijos del Seráfico de Asís! Uno de los mayores consuelos que Dios nos ha concedido en nuestro Pontificado, que es el de haberos traído para evangelizar a estos religiosos leoneses y esparcir por toda la Diócesis el buen olor de Cristo con vuestras virtudes evangélicas. El dolor que experimenta nuestro corazón al dejar esta amada Diócesis, se mitiga en gran manera porque vosotros quedáis en ella y nos prometemos mucho de vuestro celo y de vuestra gran caridad. Público es el amor que os tienen estos religiosos diocesanos, y confío en la Divina Misericordia que llegará a feliz término esta útil fundación que con tan buen deseo hemos procurado realizar.

Finalmente, queremos manifestar una vez más y dar público testimonio del particular afecto que os tenemos a vosotros, amados Seminaristas, jóvenes Samuel, que a la sombra del Santuario os formáis y preparáis para el altísimo ministerio del Sacerdocio, y para ser en breve los Padres y Maestros y la verdadera providencia de los pueblos, cubriendo las muchas bajas que diariamente hace la muerte en el venerable clero parroquial. En cuanto es posible en los tiempos que atravesamos, hemos cumplido lo que os ofrecimos al tomar posesión de la Diócesis: vosotros habéis sido el objeto preferente de nuestra pastoral solicitud y no hemos omitido medio de aumentar vuestro número y facilitaros el seguir vuestra carrera y realizar vuestra sublime vocación.

Al despedirnos hoy de vosotros, os recomendamos con la mayor eficacia que meditéis de continuo la sublime e incomparable dignidad a que sois llamados, y os preparéis convenientemente para recibir de una manera digna la imposición de las manos. Ejercitad en la práctica de las sólidas virtudes, aplicad con intensidad a los estudios sagrados, llenad del amor divino y encended en vuestros corazones el celo por la gloria de Jesucristo para que, al salir del Seminario, prediquéis su santo nombre en todas Parroquias y hagáis que este Divino Salvador sea conocido y amado de todos los hombres.

Adios, muy amados y piadosos diocesanos; adiós: vuestros nombres van escritos en nuestro corazón: os prometemos teneros siempre presentes en nuestras oraciones, y especialmente en el altar del Señor, al ofrecer el Divino sacrificio. En cambio ardientemente os rogamos, que no os olvidéis nunca de pedir por el que ha sido vuestro Prelado, y que continuamente ha deseado y deseará siempre vuestra felicidad eterna y temporal: oremos unos por otros para ser salvos, y juntemos en el Reino de la Gloria. Recibid, venerables hermanos y amados hijos, la bendición que por última vez y con el más íntimo afecto os envía vuestro amante Prelado; en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén."

REVISTA CIENTÍFICA



son incalculables los beneficios de que la humanidad es deudora a las Ordenes religiosas. Pocas gentes cultivan las ciencias con el provecho para los pueblos que los religiosos. Citar los descubrimientos utilísimos hechos por padres jesuitas, dominicos, franciscanos, etc., en todos los ramos del saber humano sería escribir en gran parte la historia de las ciencias.

Entre los grandes benefactores de la humanidad en el orden científico, debe citarse hoy en primer término al Rdo. P. Faura, director del Observatorio astronómico de Manila. ¿De cuánta utilidad no son las predicciones, exactas siempre, de las borrascas atmosféricas, hechas por dicho sabio religioso, en una región en que estar avisados con tiempo de estas borrascas equivale para muchísimos a salvar, no sólo los bienes de fortuna, sino también la vida?

Difícil es calcular en Europa la violencia de los ciclones que muchas veces al año cruzan las costas de los Estados Unidos, de Méjico y de las Antillas, en América; las costas y los mares de China y del Japón en Asia, y las islas de Filipinas en Oceanía. Cristóbal Colón, que fué el primer testigo europeo de estos ciclones, trajo a España con su espantosa descripción el nombre que les dió de huracanes, palabra tomada del idioma de los isleños indígenas de América.

Tenemos a la vista una auténtica descripción hecha por el P. Faura de los huracanes que azotaron con desusado furor la ciudad de Manila y las provincias marítimas de la isla de Luzón en los días 20 de Octubre y 5 de Noviembre del año próximo pasado.

Los efectos del huracán del 20 de Octubre fueron espantosos. En Cabeera destruyó la tempestad la friolera de 3.019 casas; en Baling, 1.232 casas y dejó las otras inhabitables; en Quiñna dejó inhabitables todas las casas antes habitadas; en Malolos destruyó 3.921 casas; en Barazoni, 1.349; en Hagony, 3.000, comprendidos el tribunal, las escuelas y el cuartel; en Obando, 1.222, y dejó sin techo 287; en Bocane, la iglesia, el convento y casi todo lo habitado; en Polo, 1.732 casas; en Santa María, 1.289; en Calampix, toda la aldea; en San Miguel, 200 casas. En una palabra, más de un millón de habitantes de la Oceanía española quedaron, no sólo sin hogar, sino también sin muchas cosas necesarias para la vida, que perecieron entre tantas ruinas.

Cierto que muchísimas de estas casas estaban mal construidas; pero debe notarse que también en Manila donde las construcciones son más sólidas, quedaron sin techo no pocas casas. Cuando esto sucedía en tierra, ¿qué no sucedería en los puertos y singularmente en los mares!

¿Cuántas desgracias no evitó con sus avisos el sabio P. Faura! Gracias a sus anuncios de la proximidad del huracán, las gentes se encerraron con tiempo en los edificios más sólidos; los buques fondearon en los puntos de mayor seguridad con todas las prescripciones que aconseja la ciencia en tales casos, y muchas cosas colocadas al aire libre se sujetaron cuanto fué posible para resistir el ímpetu del terrible elemento.

En todos aquellos mares es tal el crédito del Padre Faura, que los ingleses, holandeses y portugueses tratan de establecer observatorios en sus posesiones bajo la dirección suprema del sabio religioso.

Según las observaciones del P. Faura, la amenaza de un ciclón se manifiesta primeramente en las perturbaciones barométricas. En Manila, cuando el

1 Ad Philip., cap. 4.
2 Math., 10.
3 Ad Timoth., 3.
4 Job., cap. 7.
5 Ad Hebr., cap. 13.
6 Ad Timoth., cap. 5.

1 Math., 20.
2 Ad. Celoss., cap. 3.
3 1.ª Pet., cap. 5.
4 Dan., 12.
5 San Leandro, ad virg. Florentin sor.
6 1.ª ad. Cor., cap. 7.
7 Cant., 4.

barómetro baja á 755 m. entre las tres y quince y las tres y treinta de la tarde, ó cuando sube á 757 m. entre las nueve y diez, y las nueve y veinte de la noche, puede asegurarse desde luego que existe un ciclón á algunos cientos de millas del lugar de la observación. Esta regla es tan constante, que al decir del P. Faura, no le ha fallado una sola vez en los 38 huracanes por él anunciados; pero estos datos no bastan para saber en qué dirección avanza el huracán.

Para averiguar esto se acude á varios medios. En primer lugar, cuando los movimientos del barómetro en las horas de subida se invierten; cuando baja en vez de subir, desde las cuatro á las nueve de la mañana, ó desde las cuatro á las diez de la tarde, el huracán se aproxima al lugar de la observación, y no hay tiempo que perder. También es segura la venida del temporal cuando el barómetro permanece fijo en las horas de subida; pero en este caso es menos violento.

En segundo lugar, las nubes dan un segundo medio de observación. El P. Faura explica con gran copia de experiencia las maniobras y los rumbos que deben tomar los capitanes de buques en alta mar cuando el barómetro les anuncie un huracán, según la dirección que lleven las nubes que aparezcan en el horizonte.

El docto religioso se limita á dar reglas prácticas; pero estas reglas aparecen fundadas en los principios universalmente reconocidos y aceptados de las ciencias.

**

Sir John Adams ha ideado un utilísimo aparato para parar de repente un buque puesto en marcha é impedir de este modo los choques violentos que tantas veces ocurren entre ellos, y que tan desastrosos suelen ser por lo común.

El invento fué llevado últimamente á la práctica, en las aguas de Bostón y alcanzó la más cumplida aprobación de los doctos y de los indoctos.

Las pruebas se hicieron con un vapor de fuerza de 60 caballos.

Andaba el vapor á toda máquina, cuando de repente; dada la señal, se detuvo sin el menor contratiempo. Se calculó que sólo anduvo diez piés cuando fué detenido, y su velocidad, en el acto mismo de aplicarle el freno, era nada menos que de doce millas por hora. Se dió orden entonces de hacer uso de la máquina de vapor y del freno al mismo tiempo; pero la máquina resultó ineficaz, pues el buque no se movió un paso.

El invento de Adams consiste en un par de alas puestas, como las de los peces, en los costados del buque. Las alas, de hierro precisamente, son proporcionadas á las dimensiones de la nave, y están unidas por medio de un aparato, cuyo resorte está en el puente junto al puesto ocupado ordinariamente por el piloto: Éste, cuando el caso lo requiere, con sólo volver la mano, detiene el buque y evita cualquier choque por inminente que sea.

Este aparato ha llamado grandemente la atención en Inglaterra, donde ya empieza á ser aplicado á los vapores de las grandes compañías interoceánicas.

DR. MARCO DE COLOMER.

LOS GRABADOS

MONS. GASPARD DE MERMILLON, NOMBRADO RECIENTEMENTE OBISPO DE LAUSSANA Y DE GINEBRA.

Antes de ahora LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA ha rendido el debido homenaje á los altos merecimientos del Sr. Mermillon, ilustre defensor de la Iglesia y de los católicos suizos. Hoy se ve obligada á reproducir esos homenajes, con motivo de su nombramiento para el Obispado de Laussana y de Ginebra, del cual acaba de tomar posesión, á despecho de los sectarios de Ginebra, empeñados en mantener su destierro.

Mons. Mermillon nació en Carouge, cerca de Ginebra, en 1824. Desde 1864 es Obispo; pero habiendo sido desterrado de su patria en 1873, ha vivido errante hasta ahora, haciendo bien por todas partes y siendo el agente universal de todas las obras católicas.

En el núm. 25 del tomo III de LA ILUSTRACIÓN insertamos noticias más circunstanciadas de la vida y obras de este insigne prelado, el cual inaugura en estos momentos un nuevo período de su vida, del que habrá de salir ó vencedor ó mártir.

El Consejo federal de Suiza ha aceptado el nombramiento de Su Santidad; pero ha dejado á salvo los derechos de los cantones en lo tocante á jurisdicción eclesiástica, de modo que el Consejo de Ginebra, incurriendo en flagrante contradicción, puede, como lo ha hecho, renovar el decreto de proscripción, impidiendo al valiente prelado administrar la diócesis de Ginebra.

Ahora se ha establecido en Friburgo; pero no cesará en la defensa de sus derechos, que son los derechos de la Iglesia y asistiremos á una nueva y encarnizada lucha entre la francmasonería y la Iglesia, de la cual pronto veremos el resul-

tado. Quiera Dios que sea feliz y que el insigne Mermillon pueda gozar en vida el fruto de su fecundo y penoso apostolado.

VISTAS DEL VESUBIO Y ESCENAS DE LAS ASCENSIONES
(Véase el artículo del Sr. Rada.)

LA BIBLIOTECA DEL ESCORIAL

Nuestro grabado reproduce un trozo, lo suficiente para dar idea del conjunto de la famosa biblioteca del Escorial. ¿Quién no ha oído celebrar este tesoro de la grandeza española, reunido allí por el celo y el saber de Felipe II, el hombre más rey que ha existido en el mundo?

Comprende más de 24.000 volúmenes impresos, entre los cuales los hay de la mayor curiosidad, y 4.000 manuscritos, entre ellos 1.820 latinos y de lenguas vulgares, 567 griegos, 67 hebreos y 1.824 arábigos.

La estantería es de maderas finas y las bóvedas están pintadas al fresco por hábiles pintores. La Biblioteca del Escorial es un testimonio del *oscurantismo* y de la *ignorancia* de la España inquisitorial y de la monarquía absoluta.

EL MÁRTIR DE UN SECRETO

histórico

POR RAUL DE NAVERY

(Continuación.)

Quisieron la igualdad entre el inglés y el irlandés. Exigieron, no el reparto de los bienes, sino arreglos entre los propietarios y los colonos, que permitiesen que estos pudiesen vivir. El impuesto era tan exorbitante, que los desgraciados labradores tendrían que morir de hambre en las tierras señoriales.

Los católicos tenían que pagar al clero protestante un diezmo elevado, mientras que se les negaba ministros de su culto. Los Muchachos Blancos fueron desde luego bien acogidos por los habitantes de los campos. Castigaban á los que especulaban de un modo abusivo sobre el precio de las tierras; sostenían por medio de cotizaciones de los labradores los juicios criminales de que algunas veces eran objeto; enviaban á los propietarios ricos *ultimatums* atrevidos. Los ligaba entre sí un terrible juramento. El móvil de la asociación era laudable; degeneró lentamente. Es muy raro que una asociación no se desnaturalice, si no en todo, al menos en algunos detalles. Se cometieron crímenes, y los protestantes alzaron la voz para hacer desaparecer sus populares antagonistas. Pero así como los pedazos de la serpiente se rehacen, los Muchachos Blancos subsistieron á pesar de los juicios, de las persecuciones y del proceder arbitrario, y Hugo el usurero temía más que ellos se ocuparan de él, que tener detrás de él todos los comisarios del condado.

Amenazándole con los Muchachos Blancos, Owen mostraba el fondo de su pensamiento. Mientras que Hugo Peacock había atacado á hombres, que había despojado á personas de mala fama, el posadero guardó silencio; pero esta vez se trataba de la vieja Isabel, cuyo yerno había sido amigo del tabernero; de Margarita, cuya juventud sufría pruebas amargas, y por duro que Owen tuviese el corazón, se horrorizó. Nunca había pedido remisión para nadie. Sólo una vez quiso implorar piedad para una familia muy atribulada; y se le había dado una negativa.

¡Si Peacock no hubiera ambicionado más que la humilde casa de Isabel! ¡Pero lo que quería ante todo era sacar de esta choza á la misma Margarita, la suave Margarita! Seguramente, si la intervención de los Muchachos Blancos fuese necesaria alguna vez, ¿no lo era en este caso? Pero, por otro lado, Hugo era bastante astuto para seguir paso á paso un complot del que sería víctima Owen; además, si los Muchachos Blancos no tomasen este asunto para ellos, el posadero quedaba á la merced de Hugo, al que no temía menos que aquel temía la venganza de los Muchachos Blancos.

Peacock y Ryan se encaminaron juntos á la casa que habitaban. El usurero ocupaba una buena sala entarimada, lo que era un gran lujo en este pueblo. Todo lo demás de la casa eran graneros. Sus muebles eran decentes, sin indicar el lujo. Al contrario de la mayor parte de los usureros, quería que la mayor limpieza reinase á su alrededor. «El polvo echa á perder todo lo que toca», decía él; y el tiempo que Ryan no empleaba en hacer diligencias por cuenta de Hugo, lo pasaba en quitar el polvo, frotar el pino y la caoba, limpiar con mina de plomo la reja que el fuego no enrojecía.

Hugo Peacock, conservando este hombre de negocios de escalera abajo, se ahorra un criado al que no daba salario. Paja en la cuadra, y Ginebra todas las noches, cuando no era necesario trabajar por cuenta del amo, éste era el salario y la casa del pobre Ryan.

XI

EL MIDDLEMAN

Hugo Peacock tenía cincuenta años.

Encorvado, una mirada traidora, los labios delgados. La fuerza vigorosa faltaba ya á este cuerpo, cuyos gestos angulosos indicaban la inquietud. El usurero parecía que desconfiaba de todo el mundo. Su mirada, velada con un párpado grasiento, guiñaba como la de los pájaros de presa. Su palabra titubeaba como su mirada. Al timbre de su voz le faltaba franqueza: sus dedos, que tenían uñas encorvadas, no podían extenderse del todo. La costumbre de atraer los había como atrofiado. El vestido de Hugo se componía de piezas remendadas y de un abrigo equívoco; una gorra de piel daba sombra á lo alto de su rostro. La barba indicaba al mismo tiempo testarudez y una sensualidad brutal.

Sin embargo, nadie en el pueblo hubiese podido dar sobre este particular malos informes sobre el usurero.

Las jóvenes lo creían dotado de un poder fatídico, y ninguna hubiera consentido en ser su mujer. Sentía el odio de todos, el desprecio de todas. Hugo se había juzgado muy pronto. No tenía más que veinte años, la edad del desinterés, de la confianza y de la felicidad, cuando una mañana se puso delante un pedazo de espejo y se miró largo rato.

— ¡Feo, horrible, y aún más que esto repugnante! Esto es lo que soy — murmuró. — Sudo los crímenes que no cometo, y llevo sobre mi rostro el alma que Dios ha escondido; parezco un bandido. Mis ojos codician, mi boca se burla, mi manos, dobladas como garras, atraen... Quiero morir en una casa, yo, á quien han encontrado una mañana en la orilla de un arroyo, al día siguiente de haber hablado de una hermosa joven llamada Lisa, que se había ahogado. Quiero tener una familia, yo, que no he conocido á mi madre. ¡Me criaron por caridad, yo me haré rico! Todas las jóvenes del pueblo se desvían cuando me ven, y rien bajo sus capas rojas; un día me casaré con la flor del país. ¿Cuándo será esto? El diablo lo sabe, estoy seguro de ello. Tengo ahorradas algunas pesetas, necesito libras. Dejaré el pueblo si fuere necesario.

Peacock no necesitó el irse á otro pueblo.

La Irlanda está cubierta de ricas moradas señoriales, cuyos propietarios apenas conocen sus rentas. Nunca vienen á sus castillos de Irlanda. Un mayor-domo paga al señor una cantidad convenida á precio alzado, y se queda libre de hacer llegar como le convenga la suma adelantada al propietario. Es á él al que pertenece determinar el precio de los arrendamientos, de poner precio á las tierras. Este sistema es la primera causa de la miseria extrema del pueblo irlandés. El agente apremia al labrador para lucrarse sobre él y crearse una posición lucrativa, recogiendo el importe de los alquileres. Muchas veces el agente principal escoge agentes subalternos. Cuanto mayor es el número de las personas empleadas en estos ingresos, más pobre y miserable es el irlandés. El primero, que es por lo regular un capitalista de Dublín, toma entonces en arrendamiento la tierra señorial, para hacer de ella materia de especulación, se apresura á quitarse de encima este cargo, y apenas se concluye el arreglo, empieza á buscar agentes subalternos, divide y subdivide el suelo por lotes de ciento, quinientas, mil aranzadas, que subarrienda á los middleman, y esta participación es aún provisional. Sobre una tierra de esta extensión, el tratante de segunda mano no puede ni quiere fabricar un cortijo. Necesitaría un capital enorme. Sobre la tierra que toma en arrendamiento no fabrica nada; la mejora del suelo no le inquieta, el embellecimiento de la casa le es indiferente; subdivide su lote en partes y recoge lo más caro que puede de las cinco, diez ó veinte aranzadas que arrienda á los pobres agricultores del país. De este modo, un módico adelanto de fondos puede darle muy grandes beneficios. El cultivador se encuentra, pues, frente de un espacio determinado, sin casa, sin ganado, sin utensilios. Fabrica su casa con el fango de las orillas del arroyo. Los utensilios los alquilará á cualquier Hugo. Pero la penuria del pobre hace el cultivo insuficiente. Falta de ganado y de abono, la tierra se adelgaza.

El labrador se toma mucho trabajo para poder pagar una enorme suma al middleman. Sin embargo, el suelo de Irlanda es fecundo. ¡Dios sabe con cuántos sudores se riega! Y sin embargo, que sea un año malo, que el día de pagar el arriendo el labrador enseñe su bolsa vacía; el tratante lo expulsa de su cortijo, embarga sus muebles y vende su ganado. ¿Qué hará el infeliz con su mujer y sus hijos? Mendigará...

Hugo Peacock tuvo un día ocasión de hacer un gran favor á un middleman del Udster. Volcó su carruaje; Mr. Diknow estaba herido gravemente. Hugo, con el olfato de los ambiciosos, comprendió

que podía sacar un interés usurario de sus servicios. Ayudado del criado de Diknow, llevó al herido á su casucho, envió al criado á la ciudad, y cuidó al rico tratante con un celo que parecía que era de corazón.

Diknow era un hombre grueso, redondo en negocios, aunque astuto; adivinó que á Hugo no le faltaba ni penetración ni actividad, y cuando al cabo de tres días dijo el médico que podía continuar su viaje, dió diez libras á Hugo, preguntándole qué podía hacerle que le fuera agradable. Hugo, para informarse sobre su enfermo, había enviado al posadero, con la excusa de pedirle la receta de un ungüento para fracturas. El predecesor de Owen, sabiendo que el señor de Diknow estaba en el casucho de Peacock, ofreció sus mejores habitaciones; pero el enfermo declaró que ni quería ni podía menearse, y no aceptó de Juan otra cosa que sábanas blancas.

— Tienes suerte, muchacho, dijo Juan.

— ¿En qué? preguntó Hugo.

— ¿Sabes quién tienes en tu casa?

— El Sr. Dicknow.

— ¡Y bien! Ese señor, muchacho, es el middleman más rico del Ulster.

Hugo puso una cara de necio.

Juan se encogió de hombros y se fué.

Pero cuando el huésped de Hugo preguntó al ambicioso muchacho lo que deseaba, Hugo se acordó muy al caso de la confidencia del posadero.

— Si gustáis, señor, dijo, desearía percibir por vuestra cuenta los alquileres de los pequeños labradores.

— Esto podrá ser, muchacho, esto podrá ser; el viejo Gyb está enfermo, necesito un hombre desinteresado... Tú te has mostrado lleno de cuidados y de atenciones conmigo. Te debo algo, y no quiero morir insolvente. Gasta tus diez libras bebiendo á mi salud, y espera los efectos de mi memoria; ¡mi memoria, es prodigiosa!

Y el gordo y jovial Dicknow, subiendo en el carruaje, dirigió un saludo afectuoso con la mano á Hugo Peacock, el que, doblado hasta el suelo, llenaba á su señoría de bendiciones. Vació una botella de Ginebra y se llevó un frasco de aguardiente á su cabaña. Hugo tuvo buen cuidado de no beber sus diez libras por la salud de su señoría.

Compró los muebles que le faltaban, una vaca y una cabra, y continuó labrando su campo. Vendía la leche de la vaca, hacía quesos con la de la cabra, engordaba un cerdo, y acababa de abrir un foso para el estiércol, cuando murió el viejo Gyb.

Peacock no sabía la dirección de Dicknow.

Fué al presbiterio y rogó humildemente al cura que le escribiera al rico.

— Amigo mío, respondió el sacerdote, no necesitáis para pedir un favor tan pequeño, el emplear fórmulas respetuosas; tal vez demasiado serviles. Soy el siervo de Dios, su mandatario con vos. Mis días y mis noches os pertenecen. No rehusó, pues, el ceder á vuestro deseo, pero siento hacer lo que me pedís.

— ¿Por qué?

— Amigo mío, sois del pueblo y vais á levantaros contra el pueblo, sois pobre y ayudaréis á apremiar á los pobres... es bastante triste el ver á nuestra pobre Irlanda siendo la presa de los extranjeros; al menos que sus hijos no ayuden también á su desgracia y á su ruina.

— Lo que yo no haga, otro lo hará.

— Pero la falta de otro no cargará vuestra conciencia.

— Si los irlandeses buscasen como yo un medio lucrativo de ganar su vida, no ayunarían todos los días.

— No echéis en cara á vuestros hermanos una miseria siempre respetable y algunas veces santa.

— ¿Os negáis á escribirme esta carta?—preguntó Hugo.

— No, respondió el sacerdote, si me prometéis no serviros de esta prensa para hacer correr el sudor y la sangre de los infelices.

— Os lo prometo.

La carta fué escrita, y Dicknow respondió por el correo que Peacock podía tomar posesión del empleo de Juan, y que le encargaba cobrar los arrendamientos cuando hubiera llegado el tiempo. Hugo, para que no se quejara demasiado desde el principio, lo hizo con bastante suavidad. Era la primera vez que un irlandés católico consentía en cumplir este papel que pedía una gran indiferencia hacia los pobres, y una ambición desmedida de ganancia. Hugo Peacock no quiso excitar desde luego el odio. Tuvo también la suerte de empezar su oficio en un año en que las cosechas fueron excepcionales. No se levantó ninguna murmuración.

De una familia indigente murió el jefe, encontrándose un poco cargada; Hugo renunció en su favor el beneficio fijado habitualmente por Gyb. El usurero del pueblo empezó como muchos despotas, por la clemencia. Estableció su situación en el país, compró lo más pronto que pudo una aranzada de tierra para no tener arrendamiento que pagar, y empezó á fundar su fortuna. Se encontraba en posición de hacerla con mucha rapidez. La usura le pareció un medio corto y seguro. Encargado de recibir el precio de los arrendamientos, cuando encontraba un lugarteniente en la imposibilidad de pagar, él se encargaba de saldar al propietario, en un tanto moderado, decía él, pero que nunca era menos de veinte por ciento.

Arrendó utensilios y ganados, reservó una inmensa cuadra vacía y alojó allí á los mendigos errantes en el camino. Todo le daba con interés, hasta sus escasas sonrisas. El Sr. Dicknow le escribió una carta felicitándole, pero Hugo no se atrevió á enseñársela al cura, que no hubiera dejado de gemir, pensando en cuántas bajezas y crueldades se habían tenido que acumular, para merecer semejantes elogios. El Sr. Dicknow murió.

En esta época tenía Peacock cuarenta años y una fortuna más que suficiente.

Entonces fue cuando, para tapar sus operaciones, unió á sus intereses á Ryan y Owen. Al primero cuando murió su mujer, al segundo salvándole de la quiebra.

El haber mejorado de fortuna no le hizo cambiar en nada su modo de vivir.

Solamente que vivió en una buena casa edificada para él, con cuartos y graneros, y en la cual se reservó una sola habitación.

Sus vestidos no fueron ni más limpios ni más elegantes. Sabía que cuando quisiera, se haría vestir en Dublin como el middleman que habían enviado al país los herederos del Sr. Dicknow. Se entregó más á la única pasión que se complacía en satisfacer: la embriaguez.

Hemos dicho que Hugo Peacock llevaba en sí el

germen de todas las pasiones. Había dado libre curso á la avaricia, pero sabía refrenar la embriaguez. Hugo sabía sacar muy buen partido de este vicio en los demás, de modo que no le daba miedo.

Cuando quería saber alguna cosa, decidir á un recalcitrante á la conclusión de un negocio ó finalizar un asunto ventajoso, medio embriagaba á su hombre.

Hugo bebía muy pocas veces en la taberna; bebía como para atraer, reservándose el emborrachar á los demás. Si quería ahogar su razón, olvidar su soledad, sus faltas y sus crímenes, ponía delante de sí, cuando nadie lo veía, una botella de Ginebra y la saboreaba lentamente.

No tenía ni la excusa de la embriaguez involuntaria y contagiosa. Bebía por beber sólo, como un egoísta y un bruto.

Lo mismo que se ignoraba la cifra de su fortuna, no se le conocía este vicio.

Cuando lo veía Owen acumulando botellas de aguardiente y de Ginebra, creía que su hábil cómplice las destinaba á los que quería burlarse de su buena fe.

Hugo tenía todas las hipocresías.

Con el tiempo, sin embargo, cuando á Ryan y á Owen, bastante unidos á él por faltas comunes, se retrajo de sus desconfianzas. Levantar la máscara lo podía hacer sin peligro de aquí en adelante, y podía inspirar á los demás un temor provechoso. La noche en que había significado á Ryan y á Owen que era preciso arruinar á Isabel y Margarita, se creía seguro que no tenía nada que temer.

(Se continuará.)

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

PARA EL CULTO DIVINO

Atriles. Ciriales. Diademas. Navetas.
Candeleros. Coronas. Incensarios. Sacras.
Campanillas. Cruces. Lámparas. Vinageras.

Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel García, Atocha, 45 y 47, Madrid.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

Oficinas: Calle del Príncipe, 27, principal

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4

AL PÚBLICO

Se acaba de recibir un gran surtido de sillones, sofás, banquetas de piano y recibimiento en el Bazar de sillería de madera encurvada de THONET, hermanos, Plaza del Angel, núm. 10, Madrid.

NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de Leon, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º.

CARRERAS MILITARES

Preparación. — Barrio - Nuevo, núm. 15, 3.º

COMPAÑÍA COLONIAL

Roma 1868

MEDALLA



DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal..... Calle de la Montera, núm. 8.



LA VERDAD

VENTA DE CAMAS A PLAZOS
Pagos semanales desde

UNA PESETA

62 — Jacometrezo — 62

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

La triquina.— Los funestos accidentes ocurridos en Málaga con motivo del consumo de carnes atacadas de la triquina, dan oportunidad á las siguientes noticias:

La triquina fué descubierta por Owen en 1833, quien la denominó *trichina spiralis*, por tener la forma de un pelo arrollado en espiral.

Ya Hilton, antes que Owen, haciendo preparaciones musculares, encontró unos puntitos blancos que llamaron su atención, pero que no quedaron determinados.

La triquina está clasificada por Clauss en su tipo cuarto *Gusanos*, clase Nermalo-helminthos, y género *trichina* en su especie única *spiralis*. Es transparente, resiste la acción del agua acidulada con ácido clorhídrico: su dimensión en estado adulto es de uno á dos milímetros la hembra y la mitad el macho; son vivíparos, cosa extraña en estos seres; pero por dar á luz un número considerable de individuos (400 según Gerlach y 1.000 según Leuchart), se ha creído que debían ser ovovivíparas. Su desarrollo es rápido y lo verifican pasando por ingestión al estómago y tubo intestinal, donde verifica las funciones de reproducción; atraviesa los tejidos hasta llegar á los tendones; de allí no puede pasar, se estaciona y cambia el tejido muscular en granular, tiñéndole de color rojo, y se cubre de una capa de sustancia calcárea á la que denominaremos *quiste*: una vez enquistado, es, digámoslo así, como si hubiera muerto para el individuo dentro del cual se halla, pues para verificar nuevas evoluciones necesita pasar por ingestión al estómago de otro animal para seguir el camino arriba trazado.

El quiste mide en su mayor longitud de uno á tres décimos de milímetro.

No dejaremos de apuntar unos cálculos para ver el prodigioso desarrollo que alcanza.

Los mencionados seres son polígamos, pues para cada macho se cuentan 40 hembras.

Un individuo come 150 gramos de jamón que supondremos contenga 1.000 quistes (Chatin ha demostrado que cada milímetro cúbico de carne triquinada tiene por término medio, diez quistes), de los cuales, ingeridos en el estómago, salen término medio 6.000 triquinas, en su mayor parte hembras; cada una de ellas pare á los seis días 1.000 individuos, que forman un total de 6.000.000, y repitiéndose diez, quince días, un mes, etc., resulta un número prodigioso.

La triquina vino de América, de Chicago y Estados-Unidos, en las carnes de cerdo, y parece se ha observado también en Alemania.

Los tejidos que contienen triquina no enquistada presentan, mirados con un lente sencillo, líneas blancas á manera de culebrillas arrolladas en espiral; y



LA BIBLIOTECA DEL ESCORIAL.

si se observan con el microscopio, se destiguen perfectamente las triquinas en espiral ó reunidas formando caprichosos grupos.

La enfermedad producida por el sér en cuestión, se denomina *triquinosis*, cuyos síntomas son los siguientes:

En el primer período, ó sea el tiempo que permanece en el tubo digestivo, el individuo siente fiebre, diarrea, náuseas y otros fenómenos del tubo digestivo.

En el segundo período, ó sea cuando atraviesa los músculos, dolores espontáneos y compresión de los músculos de la cara, cuello y paredes abdominales, hormigueo, fiebre, etc.

En el tercer período es continuación de la enfermedad hasta el enquistamiento, en que cesa por completo.

El tratamiento consiste; en el primer período, el uso de vermífugos (kousoo, aceite etéreo de raíz de elecho macho, corteza de raíz de granado, semen-

contra, calomelanos), y en los períodos restantes combatir los síntomas que se presenten.

En cuanto al método preventivo, sólo hay el de no comer sustancias animales no reconocidas por personas peritas; hé ahí lo que la razón y la ciencia aconsejan, y en todo caso comer las carnes bien cocidas, pues á la temperatura de la ebullición del agua, muere la triquina y no hay peligro alguno en dicho alimento.

Nuevo combustible.—M. William, de Victoria, en la Colombia británica, ha obtenido privilegio para un combustible artificial, compuesto de materias de poco precio y casi inútiles. Consisten en desperdicios de carbón, arcilla desprovista de arena, serrín de madera y agua. Esta composición, perfectamente mezclada, deja entre su masa huecos por donde pasa el aire, facilitando la combustión.

Su precio es sumamente económico.

El rábano negro.— Esta planta se ha reconocido que tiene virtudes medicinales para la curación de cálculos de la vejiga de la orina y que su uso no sólo alivia los dolores, sino que produce la curación de tan grave dolencia. Así algunas personas que habían tomado las aguas de Vichy y otros medicamentos sin resultado satisfactorio, lo han conseguido comiendo durante unos dos meses rábanos negros, observando en los primeros días la expulsión de arenas, cuyo acto iba seguido de un gran alivio de los padecimientos que causa dicha enfermedad.

El rábano negro se siembra desde Mayo hasta Junio, y como se desarrolla mucho, conviene dejar la plantas espaciadas, de modo que en cada metro cuadrado haya ocho matas. Los que se destinen al consumo de invierno debe arrancarse antes de las heladas, cortando las hojas junto al cuello de la raíz para que no rebroten, y se los coloca entre arena en cajones resguardados de la humedad.

Dentífricos antisépticos.— El periódico francés *Le Courrier Medical* recomienda para lavarse los dientes y la boca las dos siguientes fórmulas:

1.ª	Silicato de potasa.....	2 gramos.
	Agua.....	1.000 —
	Thymol.....	1 —
	ó bien:	
2.ª	Bórax.....	2 gramos.
	Agua.....	1.000 —
	Thymol.....	1 —

El líquido resultante de cualquiera de las dos anteriores recetas tiene la ventaja de refrescar el aliento, cuando por un excesivo calor ó fatiga se experimenta cierta sofocación en la boca.

Madrid, TIPOGRAFÍA GUTENBERG, calle de Villalar, núm. 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid